

JUAN DEL RÍO MARTÍN
ARZOBISPO CASTRENSE DE ESPAÑA

**EL SACERDOTE, MINISTRO DEL AMOR DIVINO:
DEL MAESTRO ÁVILA AL CURA DE ARS**

*CARTA PASTORAL AL CLERO CASTRENSE
CON MOTIVO DEL AÑO SACERDOTAL*

SUMARIO

INTRODUCCIÓN.7

1. El Patrón del clero secular español y el Patrón universal de los párrocos.10
2. Objetivo de la carta pastoral. 11
3. El capellán castrense en tiempo de turbaciones....13

I.- EL MAESTRO ÁVILA: PREDICADOR DEL AMOR DE DIOS.

A. SEMBLANZA DE LA VIDA Y OBRA DE UN MAESTRO DE SANTOS.

1. Marco eclesial.23
2. El personaje y su obra.24
3. La Iglesia en España anhela el doctorado del Maestro Ávila.27

B. SÍNTESIS DE LA ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL DE SAN JUAN DE ÁVILA.34

II.-EL CURA DE ARS: UN PÁRROCO ENAMORADO DE SU OFICIO.

A. VIDA Y MINISTERIO DE SAN JUAN BAUTISTA MARÍA VIANNEY.

1. Primeros años.45
2. Decide ser sacerdote.47
3. ¿Un desertor en los altares?49
4. Camino hacia el sacerdocio.54
5. Coadjutor de Écully.56
6. Cura de Ars.58

B. SAN JUAN MARÍA VIANNEY: VIVIR DE LA ESENCIA SACERDOTAL.

1. Un pastor con sentido común.69
2. Un hombre tocado por la gracia.70
3. “Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo para confundir a los sabios” (1Cor 1,27).70

C. DECÁLOGO ESPIRITUAL DEL PÁRROCO DE ARS.

1. La dignidad del sacerdote.72

2. La conversión: fin último de toda pastoral.	74
3. Centrado en el Corazón de Cristo.	75
4. La Iglesia: “casa del pan”.	76
5. Del altar al confesionario: ámbitos privilegiados del sacerdote.	77
6. Trasmitir el amor misericordioso de Dios	79
7. Servidor de todos.	80
8. Severo consigo mismo y dulce con los demás.	80
9. Los consejos evangélicos: pobreza, castidad y obediencia.	82
10. Espiritualidad sacerdotal mariana.	84
CONCLUSIÓN.....	87

INTRODUCCIÓN

“¿Cómo podría olvidar a tantos soldados empeñados en delicadas operaciones para controlar los conflictos y restablecer las condiciones necesarias para lograr la paz? A ellos deseo recordar las palabras del Concilio Vaticano

II: ‘Los que, destinados al servicio de la patria, se encuentran en el ejército, deben considerarse a sí mismos como servidores de la seguridad y de la libertad de los pueblos, y mientras desempeñan correctamente esta función, contribuyen realmente al restablecimiento de la paz’. En esta apremiante perspectiva se sitúa la acción pastoral de los Obispos castrenses de la Iglesia católica: dirijo mi aliento tanto a los Ordinarios como los capellanes castrenses para que sigan siendo, en todo ámbito y situación, fieles evangelizadores de la verdad de la paz”
(Benedicto XVI, Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz, 1.1. 2006)

Queridos capellanes castrenses:

El 16 de marzo de 2009, el Santo Padre Benedicto XVI anunciaba un especial “Año Sacerdotal” que comenzaba el 19 de junio de 2009 con la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, hasta la misma solemnidad en 2010, con motivo de la celebración del 150 aniversario de la muerte del Santo Cura de Ars, Juan María Vianney, verdadero ejemplo de Pastor al servicio del rebaño de Cristo. El fin de dicho acontecimiento es “favorecer la tensión de los sacerdotes hacia la perfección espiritual de la cual depende, sobre todo, la eficacia de su ministerio”. Pues bien, este modelo sacerdotal es fruto de la espiritualidad de la Escuela Francesa, que -como dice el P. Congar¹- dominó la formación de los sacerdotes desde finales del siglo XVI hasta las vísperas de la II Guerra Mundial. Sus representantes más significativos (Cardenal Bérulle, Olier, San Juan de Eudes, Tronson, etc.) tienen como una de las fuentes principales la espiritualidad sacerdotal del Maestro Ávila².

¹ I. OÑATIBIA, “La espiritualidad presbiteral en su evolución histórica ”: Simposio *Espiritualidad del Presbítero Diocesano Secular*, Comisión Episcopal del Clero, Madrid 1987, 48-54.

² SAN GIOVANNI D’AVILA, *San Giovanni d’Avila. Maestro di evangelizzatori. Scritti scelti*, Ed. San Pablo, Milano 2010. Introd. di J. Esquerda Bifet: “Il santo curato d’Ars, san Giovanni Battista Maria Vianney (1786-1859), possedeva e leggeva con frequenza le opere di san Giovanni d’Avila. Molte delle affermazioni del santo curato si ispiravano ai suoi scritti” (El santo cura de Ars, san Juan Bautista María Vianney [1786 - 1859], poseía y leía con frecuencia las obras de san Juan de Ávila. Muchas de las afirmaciones del santo cura se inspiraban en sus escritos).

Por eso, que mejor que, próximos a celebrar este año la fiesta del Patrón del clero secular español, os ofrezca una síntesis del ideal sacerdotal que vivió, predicó y enseñó el Apóstol de Andalucía; ello nos ayudará a captar con mayor profundidad la figura sacerdotal del Santo Cura de Ars, que es un ejemplo sencillo y claro de cómo la espiritualidad sacerdotal perenne hace sacerdotes verdaderamente santos³.

1. El Patrón del clero secular español y el Patrón universal de los párrocos.

Nuestro interés no es tanto confrontar estas dos figuras reconocidas del clero diocesano, como mostrar que son las dos caras de una misma moneda, dos maneras de concebir el sacerdocio como ministerio del amor divino, que se encarna en las formas y modos de cada época y en la personalidad concreta de aquellos que son llamados a tan “alto Oficio”. Así, tenemos, por un lado, un predicador itinerante del siglo XVI: San Juan de Ávila; por otro, un párroco rural de la Francia que va de la Revolución a la etapa napoleónica, con escasos estudios y que permanece en Ars por espacio de cuatro décadas: San Juan Bautista María Vianney.

³ Cf. J.J. GALLEGO PALOMERO, *Sacerdocio y Oficio sacerdotal en San Juan de Ávila*, Ed. Cajasur, Córdoba 1998. Sobre la influencia del pensamiento del Maestro Ávila es interesante el cap. IV, 239 - 285.

¿Qué tienen en común estos dos sacerdotes seculares, distantes en el tiempo, en sus personalidades, preparación y quehaceres pastorales? ¿Por qué un Papa intelectual como es Benedicto XVI echa mano de un modelo sacerdotal de extremada sencillez evangélica? ¿No será porque se nos está indicando que la santidad de vida, que tanto necesita hoy la Iglesia, es convertir lo ordinario en extraordinario? ¿No ha sucedido, en ocasiones, que con el afán de novedad y renovación posconciliar se ha olvidado la vivencia de lo esencial para la salvación personal y las almas encomendadas? ¿Cómo llevar a cabo la nueva evangelización sin una santidad de vida en los pastores? ¿Cómo ejercer el ministerio de paz entre las armas sin una vida semejante al “Príncipe de la paz”, Jesucristo, tan amado por el Cura de Ars y tan fervorosamente predicado por el Apóstol de Andalucía? Todos estos interrogantes se irán respondiendo a lo largo de esta exhortación pastoral.

2. Objetivo de la carta pastoral.

Proponer como modelo de santidad sacerdotal en el siglo XXI a un humilde párroco de una aldea no está excluyendo o negando para nada otros modelos de santidad que podemos hallar en los santos maestros, doctores, predicadores, confesores, etc., que han sido fuente y origen de renovación eclesial en circunstancias siempre difíciles de la historia. El Año Santo Sacerdotal no se queda reducido a la figura del Cura de Ars, sino que la vivencia de

lo esencial que significa su persona nos debe llevar a redescubrir los grandes maestros de espiritualidad, como es el caso de Ávila, que son como fuentes públicas donde todo el mundo tiene derecho a beber. Además, como manifestaba el Cardenal Tarcisio Bertone, no podemos olvidar que: “los santos sacerdotes que han poblado la historia de la Iglesia no dejarán de proteger y sostener el camino de renovación propuesto por Benedicto XVI”⁴.

Así pues, nuestra reflexión tendrá dos partes: en la primera abordamos a San Juan de Ávila desde la perspectiva de un predicador que, sintiéndose “alquilado por Cristo para salvar almas”, instará al auditorio a la santidad cristiana, de manera especial a los sacerdotes. El punto nuclear de sustentación de su pensamiento es que “Dios es amor, predica amor y envía amor”, su nombre para nosotros es Cristo, “Dios humanado”, que como sumo sacerdote, víctima y altar, se ofreció en la cruz para la salvación del mundo. El sacerdote es *alter Christus*; su santificación transita por la imitación y discipulado de ese Sumo y Eterno Sacerdote que es Jesucristo, Hijo de Dios vivo, “amor desbordante para la humanidad”.

En la segunda parte ofrecemos una amplia biografía y una aproximación sistemática de la vivencia sacerdotal de San Juan Bautista María Vianney. Su espiritualidad dimana de la santidad que irradiaba su persona; como dice Benedicto XVI, “siempre en contacto con sus

⁴ *L'Osservatore Romano*, 28.8.2009.

parroquianos, enseñaba, sobre todo, con el testimonio de su vida”⁵. Ahí es donde está escrito todo el magisterio del Cura de Ars.

3. El capellán castrense en tiempo de turbaciones.

Recordad lo que os decía en la Carta Pastoral con motivo de la fiesta del Patrón de los capellanes castrenses, San Juan de Capistrano: “Llegan tiempos nuevos, no basta hacer lo de siempre. Los retos culturales y espirituales exigen del capellán castrense ser un hombre muy capacitado, tener un corazón convertido sólo a Dios, una identidad sacerdotal muy arraigada, y una profunda comunión eclesial”. Estos elementos esenciales se redescubren con nuevo fervor al contemplarlos a la luz de estos dos insignes sacerdotes seculares: un predicador itinerante y un popular párroco prendado de su oficio.

Si ahondamos en la Historia de la Iglesia encontramos que en las épocas más difíciles de nuestra sociedad es cuando han surgido más santos. Los momentos actuales son tremendamente interesantes para cultivar sacerdotes, capellanes castrenses, que deseen “guerrear” contra los nuevos enemigos de la dignidad humana, utilizando únicamente “las armas de la fe”, que diría San Pablo. A esta misión están llamados solamente aquellos que quieran correr la “aventura del Espíritu”, que

⁵ *Mensaje para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones*, 25.4.2010.

deseen salir de la superficialidad mundana y elevarse en “altos vuelos” de santidad y celo apostólico. ¡No hay cabida para la mediocridad! Esta nueva batalla antropológica y cultural en la que se encuentra sumergida la Iglesia del siglo XXI sólo se gana por el camino de la santidad de vida de los cristianos, principalmente de los pastores. Porque el pueblo de Dios siempre es imitador de aquellos que han sido puestos al frente de la grey. La necesaria y auténtica renovación eclesial –por lo tanto también de nuestro Arzobispado- nace de dentro hacia fuera. No son los nuevos planes pastorales los que transforman a la Iglesia, sino el testimonio de los santos que han hecho vida lo que profesaban y celebraban.

Los tiempos eclesiales que vivieron tanto el Maestro Ávila como el Cura de Ars no fueron más fáciles que los nuestros. Hoy como ayer, tiene sentido la afirmación avilista: “*Son muchos los frentes y muy gastada está la cristiandad*”. En la actualidad, la Iglesia se ve interpelada o amenazada por la autosuficiencia del tiempo moderno, que trae consigo el *secularismo* y el *laicismo exacerbados*, buscando secar las raíces cristianas de nuestro pueblo. Es todo un intento de destruir las bases judeocristianas que sustentan la cultura occidental. Por otra parte, este “*humus cultural*” descristianizado ha entrado en algunos sectores pastorales, y el mismo sacerdocio católico es llevado con frecuencia a la “picota” en los Medios de Comunicación Social. A esta situación, conocida y compartida por todos, hay que añadir que, en nombre de un *pluralismo religioso*

ideologizado y de una *tolerancia interesada*, se orquesta “una ingeniería social”, donde Dios no tiene cabida y la presencia social de la Iglesia Católica ha de ser reducida al mínimo.

Estos desafíos repercuten en la vida personal y pastoral de un sacerdote, y mucho más en aquellos que tienen como misión atender espiritualmente a las Fuerzas Armadas y Cuerpos de Seguridad del Estado. Lo hemos podido comprobar en el fructuoso acontecimiento de la XXI Conferencia Internacional de Jefes de Capellanes Militares, celebrada en Madrid en los primeros días del pasado mes de febrero, donde participaron 125 Jefes de Capellanías de 37 países y de 7 confesiones.

Hemos visto cómo es necesario insistir en estos momentos en que la presencia de la Iglesia en las Fuerzas Armadas y en los Cuerpos de Seguridad del Estado no es un privilegio de épocas pasadas, o una concesión de un régimen determinado, ni va en detrimento de la legítima y necesaria separación entre la Iglesia y los Gobiernos. La existencia de un Servicio de Asistencia Religiosa a la comunidad castrense es un derecho fundamental que tiene el ciudadano a ser atendido por los ministros de la confesión religiosa que profese⁶. Ese derecho del individuo no sólo ha de ser

⁶ Cf. *Derechos Fundamentales del Hombre; Constitución Española, Ley Orgánica de Libertad Religiosa; Acuerdos entre la Santa Sede y el Estado Español; Constitución Apostólica Spirituali Militum Curae.*

protegido y respetado por el Estado, sino además promovido a instancia de los poderes públicos. Negar o reprimir este derecho es propio de ideologías totalitarias.

En el caso de España el Arzobispado Castrense cuenta con una larga tradición institucional de tres siglos. De la misma manera, los países democráticos de nuestro entorno, los latinoamericanos y naciones tan lejanas como Nueva Zelanda, Australia, Corea del Sur, Sudáfrica, Ucrania..., que participaron en el evento de Madrid, también cuentan con organizaciones eclesiales específicas que responden a ese derecho fundamental del ciudadano. Benedicto XVI ha ratificado esta presencia afirmando: “Acompañando a los militares católicos y a sus familias, la Iglesia desea ayudarles a realizar su tarea específica basándose en los valores humanos y morales del cristianismo, para que sirvan fielmente a su patria y edifiquen su vida personal y familiar... Es conveniente que los miembros de las Fuerzas Armadas puedan constituirse en comunidades cristianas particulares, bajo la guía de un pastor que sepa reconocer y respetar la especificidad del mundo militar” (26.6.2008). Como diría en su día el Cardenal Biffi, Arzobispo Emérito de Bolonia: “Mientras que los sentimientos de Caín estén en el corazón del hombre, los capellanes y el ejército no son un mal, sino un bien”.

De ahí que el ejercicio de nuestro ministerio de presbítero esté marcado por la misión específica castrense , que es *inter armas Caritas*. Es decir, hacer presente el Amor entre las armas, que no es otra cosa que ser ministro del amor divino en medio de los “guardianes de la paz” que son nuestros militares.

I.- EL MAESTRO ÁVILA:

PREDICADOR DEL AMOR DE DIOS

“El sacerdote tiene oficio que le pide más santidad y cuidado de aprovechar a los otros... Ha de arder en el corazón del eclesiástico un fuego de amor de Dios y celo de las almas: *el buen pastor de la vida por sus ovejas*, como hizo Cristo”



EL V. MRO. JUAN DE AVILA

*Llamado el Apostol de Andalucia, Sacerdote exem-
plar, elogiante Escritor ascético, y Padre de la Orden
Evangelica. Nació en Almodovar del Campo p.^o los
14 de Mayo de 1502, y murió santamente en Montilla en 1569.*

A. SEMBLANZA DE LA VIDA Y OBRA DE UN MAESTRO DE SANTOS.

1. Marco eclesial.

La Iglesia en que vivió el Apóstol de Andalucía es la que va del renacimiento a la reforma católica. En ella se debatía la lucha de una Iglesia que, anclada en muchas concepciones medievales, no estaba en sintonía con los deseos de reforma *in capite et in membris* que concilios, reyes, sacerdotes religiosos y fieles, pedían desde mucho tiempo atrás. Las altas jerarquías -papas, obispos y dignidades sacerdotales- aparecían más unidas a los "negocios seculares" que a los oficios de predicación y santificación del pueblo de Dios. Además, era patente la abundancia de clérigos ignorantes, los tan conocidos "ordenados para Misas", la relajación de las órdenes religiosas... Sin la reforma del clero, Ávila ve imposible la regeneración de la Iglesia, pues de la negligencia de los pastores, de quienes se apacientan a sí mismos, buscan sus intereses y no cuidan de sus ovejas, derivan la increencia a y todo tipo de males en los fieles. Es lo mismo que dirá Vianney: "Un buen pastor, un pastor según el corazón de Dios: ved el mayor tesoro que la bondad de Dios puede conceder a una parroquia". Los buenos pastores se caracterizan, según el Cura de Ars, por su celo apostólico, por la constante oración y piedad eucarística, por su humildad y ascesis sacerdotal. Por ello afirmará: "la gran

desgracia para nosotros los párrocos -deploraba el santos que el alma se atrofia”⁷.

La Iglesia de la época avilista se determina por los planteamientos del humanismo renacentista, por la doctrina dogmática y disciplinar que levantaba el "huracán de Lutero", como dice el P. García-Villoslada, así como los diversos focos de alumbrados y el Nuevo Mundo que había que evangelizar. Sin embargo, como expone Herbert Jedin, "Trento vendría a significar una respuesta interesante pero tardía". Por ello, prestigiosos historiadores no dudarán en presentar a San Juan de Ávila como figura insigne de la verdadera reforma española, que tan importante repercusión tendría en el aula conciliar de Trento.

2. El personaje y su obra.

¿Quién fue Juan de Ávila? ¿Por qué pasa a la historia? ¿Qué puede decir a los sacerdotes de hoy? El Apóstol de Andalucía es lejano en el tiempo, pero cercano por su testimonio sacerdotal. Un sacerdote que vivió en tiempos de reformas y concilio bastante similares a los nuestros ha de dar mucha luz en la búsqueda de la identidad espiritual del sacerdote diocesano de nuestros días. Un rápido recorrido por su vida y obra nos ayudará a situar en sus justas coordenadas la doctrina sobre la espiritualidad sacerdotal, así como su reflejo en la vida del párroco de Ars, y la actualidad de la misma.

⁷ L. SAPIENZA, *Estilo sacerdotal. Tras las huellas de San Juan María Vianney, Cura de Ars*, Ed. EDICE, Madrid 2009, 37.39.

San Juan de Ávila (1499?-1569) nace en Almodóvar del Campo (Ciudad Real) y muere en la localidad cordobesa de Montilla. Por sus venas corre sangre de nuevos cristianos. Estudia en Salamanca y Alcalá. Tiene profesores como Domingo de Soto en Artes y Juan de Medina en Teología. Heredero de muchas concepciones teológicas del Medioevo y de los predicadores populares, tales como Vicente Ferrer. Sin embargo, fue un hombre de vanguardia en su tiempo, que lee y recomienda la lectura de Erasmo, aunque con cautela, anti-luterano convencido, pero que sabe llamar "hermanos conjuntos" a los que se separaron de Roma. Y por si fuera poco, debelador de los engaños de los alumbrados. Propulsor de la frecuencia de los sacramentos y de la lectura asidua de la Escritura. Amante de una espiritualidad litúrgica y de la oración mental. Será promotor de múltiples iniciativas docentes y catequéticas para elevar la cultura de "las gentes y eclesiásticos". Y como buen representante de la época, no le faltará la faceta de inventor de física y mecánica⁸.

Siendo joven sacerdote tiene contactos en Sevilla con el Venerable Contreras y con los dominicos del célebre colegio de Santo Tomás, donde parece que alcanzó el grado de Maestro (1538); frustrado misionero del Nuevo Mundo, probablemente por su ascendencia judía, llegará a convertirse en Apóstol de Andalucía.

⁸ Cf. R. GARCÍA-VILLOSLADA, "La figura del Beato Ávila": *Manresa* 17 (1945) 255ss.; A. DE LA FUENTE, "El Beato Ávila, alma de la verdadera reforma de la Iglesia española": *Semana Avilista*, Madrid 1952, 231-250.

Como otros personajes de la época, sufrirá un proceso de la Inquisición del que saldría absuelto. Pero esa dura experiencia de persecución y angustia será la "cátedra" donde adquirió el singular conocimiento del misterio de Cristo que inundó toda su vida. Allí escribirá su obra cumbre, el *Audi, filia*, que durante algún tiempo estaría en el Índice. El centro de su vivir, pensar y actuar será convertir almas a Cristo. A diferencia del Cura de Ars, Ávila no va ser un sacerdote vinculado a una parroquia, sino un predicador itinerante, un sacerdote evangelizador que suscita por doquier conmociones masivas, adhesiones de clérigos que formará a su medida, e incluso conversiones singulares como la de Juan de Dios o Francisco de Borja, o la de damas de alta sociedad. Sus escritos en materias teológicas, bíblicas y espirituales son amplísimos y representan una prolongación viva de su magisterio oral, siendo de muy diverso género: sermones, tratados, memoriales, textos catequéticos, cartas⁹. Todo esto hace que Ávila sea un maestro en teología, predicador, escritor, pedagogo, catequeta, consejero espiritual... La irradiación de su testimonio personal le valió la fama de santo por parte de otros singulares santos de su tiempo: Ignacio de Loyola y Francisco de Borja, Juan de Dios y Juan de Ribera, Teresa de Jesús.

⁹ Cf. J. DE ÁVILA, *Obras Completas del Santo Maestro Juan de Ávila*, Introducciones, edición y notas de L. SALA BALUST (+) y F. MARTÍN HERNÁNDEZ. Nueva edición crítica, editada por la Biblioteca de Autores Cristianos en cuatro volúmenes (Madrid 2000 -2004).

Citamos de la manera siguiente: catalogación o título del escrito (si hay duplicación se indica entre paréntesis con cifra arábiga), luego con números romanos señalamos el volumen, y por último va la página en cifra arábiga.

Su teología es instrumento para la evangelización. La originalidad de su pensamiento se halla en la composición de su esquema teológico, en la seguridad de su enseñanza, en las interpretaciones que hace de los datos de la Escritura, de los Padres, de la Tradición, de los santos y de los grandes teólogos. Pero sobre todo, en el enfoque pastoral de su magisterio¹⁰.

Entre las influencias más notables en su obra, además de su fuerte paulinismo, cabe destacar a San Jerónimo, San Agustín, San Bernardo, o Santo Tomás, sin olvidar toda la espiritualidad de la "devotio moderna" y las corrientes humanistas de la época.

Su estilo es abierto y comunicativo, caracterizado por la naturalidad, variedad, solidez, elegancia y belleza.

3. La Iglesia en España anhela el doctorado del Maestro Ávila.

Una figura sacerdotal de tal altura siempre ha de ser actualidad, ya que su visión y experiencia sacerdotal es ancha, certera, realista, profunda, eficaz y aleccionadora, también para aquellos que tienen un campo pastoral específico como es el castrense. Sin embargo, aquel que es

¹⁰ Cf. *POSITIO super canonizatione aequipollenti. Urbis et Orbis canonizationis B. Ioannis de Avila, presbyteri saecularis "Magistri" nuncupati*, Roma 1970, 227ss.; J. ESQUERDA BIFET, "Doctrina teológica del Beato Maestro Juan de Ávila, en tiempo de postconcilio": *Miscelanea Comillas* 47-48 (1967) 104.

conocido como el iniciador de la gran ascética y mística en nuestro país, que encabezó la "Reforma Española", pasa de ser un gran forjador de santos al último de la lista, necesitando cuatro siglos para su canonización por Pablo VI el 31 de mayo de 1970.

La irradiación de Ávila fue personal, discreta, en buena parte oculta. Junto a la predicación masiva y a las pláticas más reducidas a sacerdotes, encontramos la creación de una decena larga de colegios y la creación de un movimiento sacerdotal, así como la atención personal en el confesionario, al igual que veremos en Vianney, unida a la dirección espiritual y al contacto epistolar. Los clérigos avilistas se parecen a los "clérigos reformados" de San Ignacio de Loyola. De ello tomó buena cuenta este santo tan querido en estas tierras, de tal manera que Ignacio respondería al P. Nadal: "Quisiera el santo Maestro Ávila venirse con nosotros; que le trajéremos en hombros, como el Arca del Testamento... También será de mucha autoridad el parecer del P. Maestro Ávila sobre los Ejercicios y que lo enviase por escrito".

En esta misma línea podemos aludir al empeño que tuvo Santa Teresa de Jesús para que el Maestro Ávila viera el libro de su Vida (Carta 158) y la cercanía a la persona e institución de San Juan de Dios.

En la actualidad sabemos mucho de San Juan de Ávila por escritos y documentos, pero su huella real se desvanece, sobre todo en la memoria histórica, se funde en el

anonimato. ¿Qué ha sucedido? No ha habido una pujante devoción popular, sino más bien una admiración del clero por su figura y su teología espiritual y pastoral. El Apóstol de Andalucía no llegó a fundar una institución que fuera la heredera de su pensamiento. Como dice Ignacio Tellechea: “Sociológicamente, las familias religiosas son más cuidadosas en promover la elevación a los altares de sus santos o en dejarnos biografías de sus hombres notables. El clero secular, más que una familia con continuidad afectiva y efectiva, es un conglomerado atomizado; además, los obispos se suceden, son trasladados y en su paso efímero no muestran mayor interés en la exaltación de sus sacerdotes beneméritos. Esto ocurre hoy, ¡cuánto más ayer!”¹¹

Pero además la obra avilista no sería editada hasta el siglo pasado y al no conocer la difusión por la imprenta, sólo pudo influir en los privilegiados poseedores de un texto manuscrito. Por ello, en la primera época postridentina no van a influir siempre los mejores y es curioso constatar -como lo hace Tellechea- que en el plano de la espiritualidad sacerdotal va a ser, por ejemplo, la obra de Francisco Toledo (1599) titulada *Instrucción de sacerdotes y suma de casos de conciencia*, con más de un centenar de ediciones, la que junto con autores de corte jurista, dará una imagen del ideal sacerdotal muy anclada en patrones moralistas, de un hombre perpetuamente dedicado al culto, un gran funcionario, sin

¹¹ I. TELLECHEA, “Espiritualidad sacerdotal en la época moderna”: Simposio *Espiritualidad del Presbítero Diocesano Secular*, Comisión Episcopal del Clero, Madrid 1987, 412.

estímulo ni entusiasmo. Todo lo más lejos de las fuentes bíblica, patristica y de los grandes maestros que predominan en los escritos avilistas y que podemos encontrar en otros autores de su época como Díaz de Lugo, Bartolomé Carranza, Bartolomé de los Mártires, etc. Pero esta línea de los más celosos y ardiente defensores de la reforma de la Iglesia en Trento no es la que va a triunfar. Habrá que esperar un siglo más, a las aportaciones de la Escuela Francesa y a figuras regeneradoras como Bérulle, Condren, Vicente de Paúl, Grignon de Montfort, Juan de Eudes y otros, para encontrar mucho de los pensamientos del Maestro Ávila.

En el siglo XX, la publicación en 1951 por el Apostolado de la Prensa de las *Obras Espirituales del Maestro Ávila. (Selección)* motivó al clero y seminaristas españoles a un mayor conocimiento y entusiasmo por el "Patrono del Clero secular español", así proclamado por Pío XII en 1946. Este movimiento tuvo más fuerza en algunas diócesis españolas que en otras y duró hasta la canonización y la publicación de la edición crítica de las *Obras Completas* iniciada por Sala Balust y continuada por Martín Hernández (1970). Después el Maestro Ávila pasó un poco al olvido; sin embargo, las celebraciones diocesanas del día del clero alrededor de su festividad han ido recuperando la figura de su Patrón. Pero sobre todo, la conmemoración del quinto centenario de su nacimiento con diversos actos, entre ellos el importante Congreso Internacional "El Maestro Ávila" (Madrid, 27-30 de noviembre de 2000).

En esta década, han apareciendo nuevos trabajos de investigaciones con diversas tesis doctorales en universidades españolas y extranjeras. Se potencia la Comisión Episcopal “Pro Doctorado”. Últimamente, ha sido muy acertado el nombramiento de D^a María Encarnación González Rodríguez, Directora de la Oficina para la Causa de los Santos de la CEE, como Postuladora de la Causa del Doctorado de San Juan de Ávila. En poco tiempo, ha conseguido darle al *proceso* un gran impulso, haciendo un magnifico trabajo con la *positio pro Doctorado* que está a punto de presentarse en Roma en la Congregación par a la Causa de los Santos.

Al mismo tiempo, la divulgación de algunas obras avilistas en español, inglés e italiano, como la importante publicación de la nueva edición crítica de sus obras completas, o la del *Proceso de beatificación del Maestro Juan de Ávila*, editadas por la BAC desde 2000 al 2004, han hecho que hoy tengamos actualizado y a nuestro alcance el rico magisterio de San Juan de Ávila.

Hay muchas razones para que aquel que -empezando por grandes figuras de la espiritualidad y santoral español contemporáneas tuyas- durante cinco siglos ha sido considerado “Maestro”, pronto sea proclamado “Doctor” de la Iglesia Universal; me limito a exponer sólo una decena:

1º. El ejercicio de su ministerio sacerdotal es ejemplar. Su vida está marcada por la santidad y el celo apostólico. Estamos ante un maestro en teología, predicador,

reformador, escritor, pedagogo, catequeta, consejero espiritual, humanista e inventor.

2°. Su teología es instrumento para la evangelización. La originalidad de su pensamiento se halla en la composición de su esquema teológico, en la seguridad de su enseñanza, en las interpretaciones que hace de los datos de la Escritura, su fuerte paulinismo, el conocimiento de los Padres, de la Tradición, de los santos y de los grandes teólogos.

3°. En su magisterio encontramos las claves permanentes de lo esencialmente cristiano. Esto lo hará llegar a todos los sectores de la sociedad y de la Iglesia.

4°. Sus criterios son solicitados y asumidos por el Concilio de Trento y por concilios diocesanos como los de Toledo, Granada y Córdoba. Y alabados por teólogos, santos, obispos y papas.

5°. El influjo del Maestro Ávila traspasa las fronteras de España. Desde hace décadas es posible encontrar ediciones de sus escritos en las principales lenguas. Su figura y obra son objeto de estudios científicos en universidades de América, Alemania, Francia, Italia, España.

6°. Es un personaje que se adelantó a los tiempos: lee y conoce a Erasmo, alerta sobre los peligros de los alumbrados y los gravísimos males que encerraba el naciente

protestantismo; frustrado misionero del Nuevo Mundo, fomenta la lectura asidua de las Escrituras, la oración mental, la frecuencia de los sacramentos y sobre todo la centralidad de la Eucaristía en la vida de la Iglesia. Por estas y otras muchas razones, Pablo VI dijo de él que podía ser considerado “*un sacerdote moderno*” (31.5.1970).

7°. Como otros personajes sufrirá un proceso de la Inquisición, del que saldría absuelto. Pero esta dura experiencia de calumnias y persecución será la “*cátedra*” donde adquirió el singular conocimiento del misterio de Cristo y de fidelidad a la Iglesia que inundó toda su vida (cf. Juan Pablo II, 10.5.2000).

8°. Fundador de quince colegios para la formación de la juventud y de la Universidad de Baeza. Impulsor de seminarios y de vocaciones sacerdotales.

9°. Su concepto de reforma de la Iglesia nace de los elementos sobrenaturales. Así, armoniza perfectamente su teología de la interioridad: toda reforma verdadera “ha de pasar por el corazón del hombre”, con la necesidad de cambios concretos en el aspecto humano de la Iglesia, que de tal manera atraiga “a los pobres y alejados”.

10°. Es un Maestro, Padre y Pastor de la comunión en la Iglesia: entre los fieles y los sacerdotes, de éstos con sus obispos y de todos con el Romano Pontífice. La “romanidad” es una nota de su eclesiología.

B. SÍNTESIS DE LA ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL DE SAN JUAN DE ÁVILA.

El sacerdote, según el Apóstol de Andalucía, se define por ser el hombre que testimonia el amor divino, lo celebra y lo proclama, de tal manera que "sienta como propios suyos los trabajos y pecados ajenos, representándolos delante del acatamiento de la misericordia de Dios con afecto piadoso y paternal corazón; el que debe tener el sacerdote con todos a semejanza del Señor; y [así opinaba] también San Ambrosio, que decía que no menos amaba a los hijos espirituales que tenía que si los hubiera engendrando de legítimo matrimonio; y San Juan Crisóstomo dice que aún se deben amar mucho más. Y así, el nombre de padre que a los sacerdotes damos les debe de amonestar que, pues no es razón que lo tengan en vano y mentira, deben de tener dentro de sí el afecto paternal y maternal para aprovechar, orar y llorar por sus prójimos"¹². De manera que para Ávila, si "Dios nos ama con amor de padre, madre y esposo"¹³, el ministerio sacerdotal ha de ser la presencia privilegiada de ese amor paternal de Dios a los hombres.

Toda la vida sacerdotal arranca del significado que tiene la encarnación del Verbo. Es aquí donde el sacerdocio de Cristo aparece como unos desposorios con la humanidad para que, por "amor y sacrificio", ésta sea

¹² *Tratado sobre el sacerdocio*, I, 917.

¹³ *Tratado del amor de Dios*, I, 951; Cf. J. DÍAZ LORITE, *Experiencia del amor de Dios y plenitud del hombre en San Juan de Ávila*, Ed. Campillo Nevado, Madrid 2007.

agradable al Padre. De esta manera, nuestro autor explicita maravillosamente la entrega total del Sumo Sacerdote Cristo a la misión encomendada por el Padre. De igual modo, los sacerdotes por la participación en el sacerdocio de Cristo se han desposado con la misión de "encaminar las ánimas para el cielo ("*sicut misit me Pater, et ego mitto vos*")¹⁴. Con razón, la espiritualidad sacerdotal avilista puede ser llamada "espiritualidad de la encarnación", ya que el sacerdote es "un desposado con las almas" a imitación de la entrega del Verbo humanado. Así, en la contemplación de la donación de la interioridad sacerdotal del Hijo en el acontecimiento de su encarnación, hay una criatura privilegiada que es María. Ella es considerada, por el Apóstol de Andalucía, como Madre y Esposa de Cristo Sacerdote y a la vez aparece como Madre de los sacerdotes. Es el modelo espiritual de respuesta y colaboración en el sacrificio redentor de Cristo. La misión de ser *coadiutores Dei* se aplica tanto a María como a los sacerdotes¹⁵. De aquí se deriva la fuerte nota mariana que impregna la paternidad de los

¹⁴ *Pláticas*, I, 832; Cf. Carta 35, IV, 188.

¹⁵ "Mirémonos, padres, de pies a cabeza, ánima y cuerpo, y vernos hecho semejables a la sacratísima Virgen María, que con sus palabras trujo a Dios a su vientre... Y el sacerdote le trae con las palabras de la consagración...": *Pláticas*, I, 790; "Ella engendró a Cristo pasible, mortal y que venía a vivir en pobreza, humildad y desprecio; y ellos consagran a Cristo glorioso, resplandeciente, inmortal, impasible... se viene a encerrar en la pequeñez de la hostia y a las manos del sacerdote por medio de las palabras de la consagración": *Tratado sobre el sacerdocio*, I, 908-909.

sacerdotes, porque, como se diría en términos actuales, María representa para Ávila "el rostro materno de Dios"¹⁶.

La idea de sacerdote que revela el pensamiento avilista es esencialmente dinámica. Todo el misterio de Cristo Sacerdote lo proyecta en el obrar y en el vivir de aquellos que han sido constituidos sacerdotes por el "único Pontífice"¹⁷. La misión de Cristo Sacerdote era la gloria de Dios y la salvación de las almas. Esto mismo queda impreso en el ministro de la Iglesia mediante el carácter sacerdotal que recibe en la Ordenación.

La *repraesentatio Christi* no es un privilegio personal, sino que ha de estar integrada en el cuerpo social de la Iglesia. Así que, "como dice Orígenes, la clerecía ha de ser la principal hermosura de toda la Iglesia"¹⁸, "de manera que si está el lego en pecado, ha de ser el eclesiástico tantos rayos de luz que alumbren las tinieblas de aquel cristiano que está en pecado"¹⁹. Y ello porque "oficio público tenéis, no tengáis corazón particular... [porque]... no es el pueblo ordenado para vuestro provecho, mas vosotros para el del pueblo"²⁰. De aquí se deriva que el tan tratado tema de la dignidad sacerdotal no lo

¹⁶ *Ib.*, 928.

¹⁷ *Pláticas*, I, 802.

¹⁸ *Tratado sobre el sacerdocio*, I, 916. Su concepción del sacerdote está fuertemente vinculada a la eclesiología, cosa que para algunos autores falta en Trento a la hora de abordar el sacramento del Orden.

¹⁹ *Lecciones sobre I San Juan* (1), II, 129.

²⁰ Obsérvese que este texto dirigido a los gobernantes de Utrera (Sevilla) encierra tal visión teológica, que se puede aplicar a los eclesiásticos: Carta 86, IV, 369.

entienda como sinónimo de privilegio de clase, que reflejase una teología del "sacerdote-señor", sino todo lo contrario: es un reclamo a la santidad de vida y a una entrega a la misión encomendada. Quienes olvidaron la dignidad que conlleva la paternidad sacerdotal "muchos males han traído a la cristiandad"... Estos tales entendieron que la dignidad era "apacentarse a sí mismo, buscando sus intereses y regalos, sin tener cuidado de curar las ovejas enfermas... Dice que no había pastor; porque, para el pueblo, todo es uno no haberlo y ser descuidado"²¹.

Por el sacramento del Orden, el sacerdote ha quedado todo entero consagrado al Señor, tanto en el ser, como en el obrar y el sentir, de manera que la vida de un presbítero ha de ser "un holocausto quemado en honor de Dios"²². De ahí que la paternidad del sacerdote no es "hoy sí, pero mañana no", o algo accidental en un determinado momento pastoral, sino que deviene de la acción del Paráclito que opera en el sacramento recibido e introduce en el corazón del ordenado "la forma y similitud suya, que es la caridad y gracia, con que nos enciende y santifica"²³. Aquellos que han sido sacramentalmente configurados con Cristo Sacerdote han de llevar una vida

²¹ *Causas y remedios de las herejías*, II, 528. Véase la influencia clara de San Agustín: Sermón 46,3-30: *PL* 38, 273-288. Todo lo más lejos de la concepción medieval que acentúa el sistema beneficial: "*offitium-benefitium*". Para Ávila, como para Domingo de Soto, el "*offitium*" era lo sustancial y nunca debería ocupar el primer plano del pastoreo sacerdotal el "*benefitium*" de la grey.

²² *Pláticas*, I, 800.

²³ *Dialogus inter confessarium et paenitentem*, II, 782; "¿De qué manera? Vive en mí Jesucristo por humildad, por caridad y por gracia, y donde esta gracia llega, hace mudar al hombre al revés de como estaba": Sermón 32, III, 402 -403.

semejante a la de Él, de tal manera que sean "carta de Cristo", "buen olor suyo", "hermosura de la Iglesia".

Así, como Dios se entregó totalmente a la humanidad, del mismo modo el sacerdote ha de estar consagrado todo entero a "las cosas santas" y "al bien de las ánimas". El sacerdote es verdaderamente pobre como Cristo cuando es "de hecho y de corazón"²⁴, cuando su elección de las personas y de las cosas no ha sido según los cánones del mundo²⁵. La pobreza, tanto personal como comunitaria, será para Ávila un arma para enfrentarse a las herejías de su tiempo y a la vez un estímulo para todos "a ser santos como el Padre celestial es Santo"²⁶.

El celibato y la castidad son "dádiva graciosa de Dios"²⁷ que viene reclamada por la novedad del Sacerdocio inaugurado en Cristo. Son requeridos no solamente por la relación con la Eucaristía, sino también por la misión, porque "mal podrían militar a Dios y a negocios seculares...

²⁴ Carta 224, IV, 721.

²⁵ "Por cierto, hermanos, si lo que el mundo escoge es lo mejor, Jesucristo se engañó y escogió lo peor. Él no puede ser engañado... pues Él no puede errar y escogió la pobreza, trabajos y cruz, que aquello es lo mejor, y lo contrario, por mucho que el mundo elija y lo aprecie, es lo peor": Sermón 71, III, 976.

²⁶ Cf. *Reformación del estado eclesiástico*, II, 490-502; *Causas y remedios de las herejías*, II, 611. Trento no olvidó el tema de la pobreza de los eclesiásticos que tan vivamente preocupó a nuestro autor. Así en el primer canon de reforma, propuesto el 18 de noviembre de 1563, se trataba de la influencia positiva que la austeridad de vida de los pastores reporta a los fieles: CT 9, 1033.

²⁷ *Audi, filia* (1), I, 417ss.

¿qué harían si cargasen de los cuidados de mantener mujer e hijos, casarlos, y dejarles herencia?"²⁸

Mientras que el voto de castidad "limpia el corazón de la afición carnal", la obediencia "limpia el alma de las desordenadas aficiones espirituales"²⁹. Las relaciones de obediencia en la Iglesia están marcadas por la caridad, "pues prelados con clérigos son como padres con hijos y no señores con esclavos"³⁰. "Porque el mandar es cosa fácil y sin caridad se puede hacer; mas llevar a costas flaquezas ajenas con perseverante corazón de las remediar e hacer fuerte al que era flaco, pide riqueza de caridad"³¹. Por parte del sacerdote a su obispo ha de haber "humildad" y "buen obedecer", pues para que haya "un buen obedecer ha de haber unos superiores que trabajen para que sus súbditos sean tales"³², ya que "quien a hombres ha de regir, más que hombre ha de ser"³³.

Por último, en la doctrina avilista encontramos el axioma de que "según el sacerdote, así el pueblo"³⁴. El

²⁸ *Ib.*, 419.

²⁹ Carta 224, IV, 720.

³⁰ *Reformación del estado eclesiástico*, II, 487; cf. *Causas y remedios de las herejías*, II, 531; *Advertencias al concilio de Toledo*, II, 630.

³¹ *Ib.*, II, 488.

³² *Ib.*, II, 487.

³³ Carta 11, IV, 75-76. En esta interesante carta acerca del ejercicio de gobernar dice en otro lugar: "El oficio público cruz es, y desnudo de todos los afectos propios y vestido del amor de los muchos ha de estar el que en esta cruz hubiera de subir, para imitar al Hijo de Dios y que su cruz sea provechosa para sí y para los otros" (*Ib.*, 61-62).

³⁴ Cf. *Pláticas*, I, 788.

testimonio de vida es, para Ávila, casi un "*munus* sacerdotal", ya que el presbítero con la honestidad y santidad en su ministerio ha de "provocar a otros servir a Dios"³⁵.

Frente al fideísmo protestante que por aquel entonces comenzaba a despuntar, para el Patrón del Clero Diocesano español no hay testimonio de vida sacerdotal que no pase por la unión y cooperación con el "sucesor de Pedro" y con "los sucesores de los apóstoles". El Maestro Ávila afirmará que no basta decir que seguimos a Cristo, sino que es menester ir detrás del hombre señalado por Él, puesto para "confirmar la fe a todos los otros"³⁶, para "fundar leyes y mandar costumbres, que con los tiempos se mudan"³⁷. "¿Quién de los eclesiásticos osará vivir como quiere viendo a su príncipe vivir vida de cruz por bien de la Iglesia?"³⁸

³⁵ *Ib.*, 852-853.

³⁶ *Lecciones sobre la epístola a los Gálatas*, II, 40.

³⁷ *Pláticas*, I, 864.

³⁸ *Causas y remedios de las herejías*, II, 567.

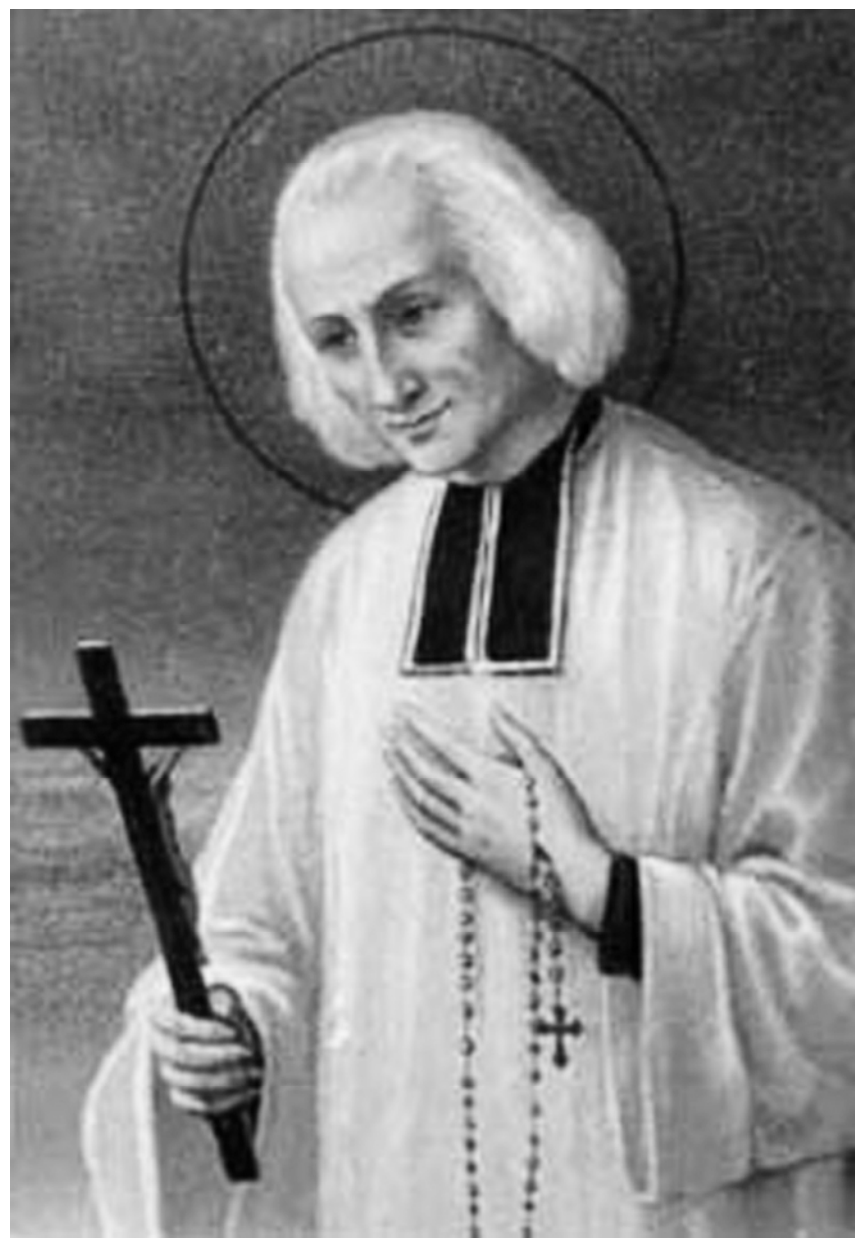
II.- EL CURA DE ARS:

UN PÁRROCO ENAMORADO DE SU OFICIO

*“La misericordia de Dios es como un torrente desbordado;
arrastrará los corazones a su paso”*

*“Dios coloca al sacerdote como otro mediador entre el
Señor y el pobre pecador, como está el Hijo mismo entre
nosotros y su Padre Eterno”*

*“Lo que nos impide ser santos, a nosotros los sacerdotes, es
la falta de reflexión. No profundizamos en nosotros mismos;
no sabemos lo que hacemos. ¡Es la reflexión, la oración, la
unión con Dios lo que necesitamos!”*



A. VIDA Y MINISTERIO DE SAN JUAN BAUTISTA MARÍA VIANNEY³⁹.

1. Primeros años.

El Cura de Ars nació en el pueblecito francés de Dardilly, cantón de Limonest, distrito de Lyon, el 8 de mayo de 1786. Fueron sus padres Mateo Vianney y María Beluse, ambos de familia campesina, pero el padre era dueño de unas doce hectáreas de terreno que él cultivaba y en el que tenía animales. Tuvieron primero dos hijas, la segunda de las cuales murió con año y medio; luego tuvieron un hijo llamado Francisco, al que se le decía “el mayor”, porque vendría luego otro hijo con idéntico nombre al que llamaban “el menor”. Después de Francisco, nació Juan María y luego su hermana Margarita, que nos dejará hermosos recuerdos de su santo hermano.

Juan María fue bautizado el mismo día de su nacimiento con este nombre, pero años más tarde, cuando recibió la confirmación, él quiso añadir a Juan María, el

³⁹ Esta pequeña biografía está inspirada en las siguientes obras: R. FOURREY, Obispo de Belley: *El auténtico cura de Ars*, Ed. ZYX, Madrid 1967; M. JOULIN, *Vida de San Juan María Vianney, el cura de Ars*, Ed. San Pablo, Madrid 1991; J. IRIBARREN, *San Juan María Vianney. El cura de Ars*, Ed. BAC, Madrid 2002; L. DE ECHEVERRÍA, *San Juan María Vianney: AÑO CRISTIANO* (Cord. José Luis Repetto Betes); Ed. BAC, tom. VIII, p. 90 -99; Madrid 2005; F. TROCHU, *El cura de Ars. El atractivo de un alma pura*. XIV, Ed. Palabra, Madrid 2008; J. LÓPEZ TEULÓN, *El Santo Cura de Ars. El hombre que se hizo misericordia*, Ed. EDIBESA, Madrid 2009.

nombre de Bautista y así ha subido a los altares, como Juan Bautista María Vianney.

Fue educado muy religiosamente por sus padres, especialmente por su madre, sumamente piadosa y no puede olvidarse el hecho histórico de que a los tres años de nacer Juan María, sobrevino la Revolución Francesa, que entre otras cosas trajo grandes dificultades para la Iglesia Católica. Llegada la Revolución, se puso en vigor la llamada Constitución Civil del Clero que debían firmar todos los sacerdotes, de lo contrario perdían sus cargos y se les prohibía el ejercicio de su ministerio. El párroco de Dardilly, el abate Rey, no tuvo empacho en firmar la Constitución y hacer cuantos juramentos le pidieron, sin que la gente del pueblo se diera mucha cuenta de que, habiendo el Papa prohibido firmar la Constitución, quedaban en situación cismática los que lo hacían. La gente del pueblo siguió yendo a misa y entre ella los Vianney. Al llegar la época del Terror (1793), la parroquia fue cerrada y se abrió unos años más tarde cuando el pueblo expresamente lo pidió.

La familia Vianney parece que cayó en la cuenta de que estaba siguiendo a un cura cismático cuando unos familiares de Écully se lo avisaron y entonces dejaron de ir a la misa del abate Rey, recibieron en su casa a algunos sacerdotes refractarios y uno de ellos confesó por primera vez a Juan María. Éste, desde los ocho años ayudaba en el trabajo del campo, sobre todo en la guarda de los animales y daba muestras de ser un chico piadoso que, de cuando en cuando, se apartaba a la ribera del río para dedicarse allí a la

oración. La familia decidió que, para que Juan María recibiera la primera comunión, era necesario enviarlo con los familiares de Écully, en donde unas religiosas, además de a leer y escribir le enseñaron el catecismo y pudo hacer su primera comunión con otros quince muchachos en la época de la siega de 1799, tiempo en el que ya estaba vigente una nueva persecución religiosa llamada el Segundo Terror. Juan María rebotaba de alegría aquel día cuando el abate de Groboz le dio la sagrada comunión. Él diría posteriormente que fue el día más hermoso de su vida. Hubo que celebrar la misa con gran clandestinidad. Vuelto a Dardilly se dedicó a su trabajo en el campo y todo parecía indicar que su destino era el de ser un honesto y piadoso campesino. Pero los designios de Dios eran otros.

2. Decide ser sacerdote.

Todo indica que su encuentro con el abate de Groboz, que misionaba en la región de Écully desde el verano de 1797, causó una profunda impresión en el alma del joven Juan María. El heroísmo del abate y de los otros sacerdotes que desafiando las iras del gobierno decían misa, celebraban los sacramentos, propagaban la Palabra de Dios y mantenían a los fieles en el seno de la verdadera Iglesia, llenaba de emoción el corazón del muchacho y éste pensaba que la Iglesia de nada tenía tanta necesidad como de buenos sacerdotes. Entonces pensó: “Yo también seré sacerdote”. Era el año de 1804 y el muchacho comunicó sus deseos a su padre y a su madre. La madre aceptó enseguida, pareciéndole muy bien, pero el padre no quería desprenderse

de su hijo por su utilidad en el trabajo de la casa y porque tendría que afrontar unos gastos demasiado elevados para su posición y sus medios. Juan María siguió firme, rogando y pidiendo a su padre el permiso. Por fin éste cedió y para que los gastos fueran menos considerables, propuso enviarle a estudiar con el abate Balley, párroco de Écully.

Este valioso sacerdote se había hecho religioso novenario, comunidad que debió dejar al llegar la Revolución. Había trabajado como misionero y por fin lo habían enviado a atender la parroquia de Écully. El abate Balley tenía consigo a un joven lionés de quince años, Matías Loras, a quien daba clases para prepararlo al sacerdocio y Juan María daría clases con él. Des de las primeras lecciones se comprobó que Juan María era poco inteligente, pero Loras viendo su bondad, dejó de burlarse de él, y vivieron en amistad. Loras llegará a ser con el tiempo Obispo de Dubuque, en América. La principal dificultad para Vianney estaba en el estudio de la lengua latina. El abate tenía con él una paciencia inagotable.

Por entonces, recibió el sacramento de la Confirmación de manos del Cardenal Fesch. Tuvo una corazonada. Viendo su torpeza para los estudios, decidió ir a La Louvesc, donde se venera el cuerpo de San Juan Francisco de Regis, el gran misionero jesuita del siglo XVII. Hizo la ofrenda de ir hasta el santuario andando y pidiendo la comida de limosna. Aquello fue un tremendo trabajo, pero lo cumplió y volvió, con la certeza de que su oración había sido escuchada y de que el Señor le concedería su gran anhelo de ser sacerdote.

Así estaban las cosas cuando una muy gran sorpresa llenó su corazón y el de su familia de gran ansiedad.

3. ¿Un desertor en los altares?

En el sorteo de la quinta de 1806 a la que él pertenecía, Juan María quedó libre. No parece que hubiera podido alegar que estaba haciendo estudios eclesiásticos, porque aunque los vicarios generales de Lyon por orden del Cardenal Fesch añadieron a la lista de los alumnos de los seminarios los nombres de los estudiantes eclesiásticos dispersos por las casas parroquiales de la diócesis, por algún motivo, su nombre no figuraba en el registro y entonces entró en la lista de los llamados cuando Napoleón - amenazado por todas partes, en guerra con España, Alemania y Austria y necesitado de soldados - llamó anticipadamente en 1809 a la quinta de 1810 y a todos los de las quintas precedentes que habían quedado libres por sorteo. De mala o buena gana, Juan María debió partir y el 28 de octubre hubo de presentarse en el reclutamiento de Lyon, aunque enseguida hubo que llevarlo al hospital porque había llegado enfermo, pasando allí 16 días. Sus parientes y amigos desfilaron por su cabecera.

Estaba ya entonces en vigor el tema de si, en conciencia, había que obedecer a Napoleón, el cual no solamente había emprendido una guerra manifiestamente injusta contra España, sino que además había invadido los Estados Pontificios y se había apoderado de la persona del Papa, a lo que el Pontífice respondió excomulgando al

Emperador, a sus consejeros y a sus cómplices. Comenzó a haber, sobre todo en el departamento del Ródano, un gran número de prófugos.

Cuando pudo levantarse de la cama, lo enviaron a un destacamento que se dirigía a Roanne. Lo llevaron en un convoy, pero al llegar allí hubo de ser nuevamente hospitalizado. En este hospital recibió los cuidados de las Hnas. Agustinas, que muy pronto cayeron en la cuenta de la bondad y piedad de Juan María. Las hermanas opinaban que éste había sido llamado indebidamente a filas y le insinuaron desertar. Juan María contestó: “Es preciso obedecer a la Ley, hermanas”.

Del hecho de que Vianney resultara finalmente desertor del ejército hay dos versiones, según una de las cuales habría tenido voluntad de desertar y según la otra sólo llegó a la deserción por circunstancias involuntarias. Ésta segunda es nuestra opinión. Al salir del hospital, un día que debía cambiar de ciudad e ir más lejos, Juan María llegó tarde a la hora de recoger su hoja de viaje, al parecer por haber estado haciendo oración. Al día siguiente fue a buscar su hoja muy temprano. Los demás habían marchado. Lo amenazaron con el arresto, pero uno de los jefes, más razonable, dijo: “¿Por qué conducirlo por la fuerza si quiere él marchar de buena voluntad?” Entonces se puso en camino solo. Se dedicó a rezar el rosario. Atravesó un campo labrado y entró en un pequeño bosque. Sintiendo fatigado dejó a un lado su saco y se puso a descansar. Mientras tanto se encomendaba a la Santísima Virgen. De repente llegó un

desconocido que le dijo: “¿Qué hacéis ahí? Venid conmigo”. El desconocido cogió su saco y Juan María lo siguió. Anduvieron mucho tiempo a través de bosques y montañas hasta la mañana siguiente y por fin llegaron a un pueblecito llamado Noës.

En este pueblecito se puso en contacto con el alcalde, Sr. Fayot, presentándole su hoja de itinerario. El alcalde le dijo que era demasiado tarde, que sería tratado como un desertor, que lo mejor que podía hacer era quedarse en Nöes y esconderse e incluso le proporcionó su ayuda para encontrarle un lugar seguro y así le condujo a casa de la viuda Fayot, en donde le dieron alojamiento. Esta versión, que parece la más probable, nos hace ver que Vianney no tenía intención alguna de desertar cuando salió del hospital y que fueron las circunstancias las que lo llevaron a no incorporarse al ejército. Él amaba a Francia, su patria; no había alegado objeción de conciencia; no estaba en contra de la institución militar. Fueron las circunstancias las que entonces le llevaron a desertar del ejército.

Juan María guardaba la necesaria prudencia. No iba a misa los domingos, pero sí los días ordinarios porque era muy temprano y los fieles acudían en menor número, y ayudaba a la familia que lo acogía, entre otras formas, dando clase a los niños de la misma y a los de los vecinos. No mucho tiempo después se le aseguró que de los vecinos del pueblo no tenía nada que temer y entonces comenzó a ir también a la misa de los domingos.

Trabó conocimiento con el párroco, abate Jacquet, el cual no puso objeción moral alguna a la situación de Vianney. Dio también clases de alfabetización a algunos adultos. Terminado el invierno, terminó también el tiempo de las clases. Los niños se iban al campo a cuidar de los animales y los adultos se encargaban de las labores del campo. Juan María no tuvo duda en volver a sus faenas campesinas y la viuda Fayot encontró en él al mejor de sus obreros. La policía imperial no dejaba de recorrer los campos y aldeas buscando desertores, y en una ocasión faltó muy poco para que lo detuviesen. Pero los vecinos cuidaban de él, y posteriormente él le diría al abate Toccanier: “Las gentes del país tenían tal interés que habían establecido centinelas para avisar de la llegada de los gendarmes”.

Una ocasión se le ofreció para saber de su familia, y fue cuando aconsejaron a la viuda Fayot que tomara las aguas de Charbonnières, cerca de Lyon, ofreciéndole Juan María que para ello se hospedara en la casa de sus padres. Partió para allá la buena señora y se encontró con que, si bien la madre de Juan María la recibió con los brazos abiertos, el padre no dejó de manifestarle su ira por la desertión de su hijo y por las consecuencias que de ello se le estaban derivando, lo cual, sabido por Vianney no pudo menos que llenarle de tristeza.

En esto llegó la noticia de la amnistía concedida por el Emperador con motivo de su boda con la Archiduquesa María Luisa de Austria. Pero esa amnistía se aplicaría a los desertores que en el plazo de tres meses se pusieran a

disposición de las autoridades departamentales. Juan María volvió a preguntarse qué debía hacer. Consultó con el abate Balley y recibió respuesta de que debía permanecer donde estaba a la espera de que la Providencia mejorara la situación. El abate Balley consolaba a su madre repitiéndole esta frase que, por medio de la viuda Fayot, llegó a oídos de Juan María: “No os preocupéis de vuestro hijo; no está muerto ni enfermo; no será nunca soldado sino sacerdote” .

Así pues, no se acogió a la amnistía del excomulgado emperador y se puso en manos de Dios. Logró que le enviaran sus libros y en la habitación que la viuda Fayot le había destinado volvió con gran entusiasmo a sus estudios de latín, para lo que tenía grandes dificultades, acudiendo al abate Jacquet ante las dudas que se le presentaban. Éste le reconfortaba ayudándole a perseverar. Y cuando menos lo esperaba su situación militar se aclaró: su hermano Francisco, el pequeño, se había alistado en su lugar , con lo cual su padre dejaba de ser molestado por la policía y Juan María dejaba de tener deberes militares pendientes. El 1 de agosto de 1810 se le certificó que estaba autorizado a ser sustituido por su hermano Francisco, aún no llamado a filas. La familia no tuvo menos que preguntarse, incluido Juan María, qué sería de este muchacho Francisco. La verdad es que desapareció sin que se supiera más de él. Él se dispuso a venir a consolar a sus padres, sobre todo a su madre, enferma de melancolía. Pero lo más probable es que cuando llegó de nuevo a su pueblo, su primera visita fuera a la tumba de su madre.

¿Le llenó su padre de reproches cuando volvió? Así parecería de la carta que le escribió el 12 de junio de 1813: “Querido padre. Permitid que el más indigno de vuestros hijos guste de la felicidad de hablar con un padre cuya amistad no merece después de haber abusado tanto tiempo de vuestra bondad, y no mereciendo más que una perpetua reprobación. Pero no; el amor de un padre no tiene límites, a pesar de los más grandes ultrajes, y su amistad se alumbra otra vez hacia un hijo que no merece más que el desprecio. Dignaos padre, olvidad todo el pasado”.

No podemos saber cuáles fueron, después de cartas como ésta, los sentimientos de Mateo Vianney hacia su hijo, pero sí sabemos, por lo que oyeron sus feligreses de Ars, que nunca se arrepintió de haber desertado. Y cuando el Emperador Napoleón III le concedió la Cruz de Honor dijo: “No sé por qué el Emperador me la ha concedido, a menos que sea porque fui un desertor”.

Es, pues, obvio y claro que, como ya hemos dicho, ni le faltó amor a la patria, ni despreciaba el estamento militar, ni tenía otra razón que la de pensar que se había visto en situación de desertar por voluntad de la divina providencia. Estaba seguro de haberse ajustado a la voluntad de Dios.

4. Camino hacia el sacerdocio.

Juan María no volvió a su casa sino a Écully, cuyo párroco, el abate Balley, había estado rezando todos los días en público un Padre Nuestro y Ave María por su vuelta. La

gente le decía que por qué pedir por él si estaría muerto y el abate contestaba: “No, no está muerto; volverá y será un buen sacerdote”. El abate lo acogió en el presbiterio para enseñarle su mismo estilo de vida sacerdotal, rigurosa y mortificadísima. Vianney arreglaba el jardín y ayudaba a la sirvienta en la limpieza y cuidados de la casa, y ésta era su forma de pagar su pensión al abate Balley. Éste, presentó en noviembre de 1812 a su querido pupilo al seminario menor de Verrières. Pero en mayo de 1813, el cardenal Fesch decidió que los alumnos instalados en Verrières pasaran a Lyon para el estudio de la Teología.

Juan María seguía teniendo problemas gravísimos en el estudio, sobre todo a cuenta del latín, y en el examen dejó una impresión deplorable. Los superiores decidieron entonces, en vez de devolverlo a su casa por inútil, mandarlo a casa de su párroco, el abate Balley, y que éste se hiciera cargo de él. La solución que se le dio al caso de Juan María fue que estudiara la Teología en francés por el llamado *Ritual de Toulon*, que hacía una explicación de teología bien desarrollada y que podía sustituir la enseñanza de la teología clásica. Al final del primer año, el abate Balley se atrevió a solicitar para Vianney las órdenes menores y el subdiaconado y parece claro, por los documentos encontrados, que se le ordenó varias semanas antes de los exámenes. Se cuenta que en el examen respondió el candidato más o menos convenientemente a las preguntas que le hicieron y que entre los profesores de l seminario y el vicario general hubo el siguiente diálogo: -¿Es piadoso el

joven Vianney? ¿Sabe rezar bien el rosario? ¿Tiene devoción a la Santísima Virgen? -Es un modelo de piedad, respondieron los profesores. -Pues bien, lo recibimos, la gracia divina hará el resto.

El 2 de julio de 1814, de manos del anciano mons. Simon, Obispo de Grenoble, recibió las cuatro órdenes menores y el subdiaconado. Posteriormente, el mismo obispo lo ordenó de diácono el 23 de junio de 1815. Junto con él, recibió este orden sagrado San Marcelino Champagnat.

Por fin, llegó la hora de recibir el sacerdocio y lo recibió en Grenoble, después de un examen en el que el vicario general quedó muy satisfecho. No había otro ordenando sino él. Terminada la ceremonia, uno de los vicarios generales le dijo al obispo, mons. Simon, que se había fatigado mucho para ordenar un solo sacerdote. El obispo contestó: “Nunca se hace demasiado trabajo para ordenar un buen sacerdote”, frase que Juan María nunca olvidaría en su vida.

5. Coadjutor de Écully.

Ordenado sacerdote antes de la terminación de sus estudios, no se podía considerar que sus años de formación hubieran terminado y por eso Juan María volvió al presbiterio de Écully. El abate Balley había trabajado intensamente en elevar el nivel espiritual de su parroquia y Juan María tuvo en él un verdadero maestro en las cosas

fundamentales del ministerio: la predicación asidua de la Palabra Divina; la caridad con los enfermos, pobres y afligidos; la administración cuidadosa de los santos sacramentos; la evangelización de los niños y de los que carecían de formación religiosa y el constante interés por una celebración devota y llena de majestad del culto divino. Este programa apostólico era el de las constituciones genovevianas en que se había formado el abate Balley. Éste era autoritario a la hora de recordar a sus fieles sus deberes. No tenía inconveniente en recurrir a la autoridad municipal para corregir desórdenes, lo que no fue imitado por Vianney, que nunca quiso recurrir al poder municipal para suprimir los abusos. El abate Balley se imponía un ayuno riguroso, su comida era insulsa y llegó a ser tan conocida la perpetua cuaresma que secretamente se imponían ambos sacerdotes que los feligreses, habiendo hablado en vano con ellos, enviaron una comunicación al vicario general pidiendo que los dos sacerdotes vivieran de forma menos penitente. El vicario contestó: “Deberíais estar contentos de que vuestros curas hagan penitencia por vosotros”.

Hay algo más curioso: el abate Balley denunció a Juan María por exceso de penitencia y resultó que lo mismo había hecho él con el abate Balley. Éste, lleno de méritos, murió a las sesenta y seis años de edad el 16 de diciembre de 1817, luego de haberle dado a Vianney sus instrumentos de penitencia, pidiéndole que los guardara, no fueran a encontrarlos y tener buena opinión de él.

Varias personas expresaron su deseo de ver a Juan María ocupando el puesto del difunto, pero no fue eso lo que decidió la administración diocesana. Fue enviado el abate Lorenzo Tripier. No se parecía en nada a su predecesor. Arregló confortablemente la casa, puso un régimen ordinario de comidas y se acabó allí la cuaresma perpetua. Lo invitaban a comer y él iba a las casas, pero Juan María se excusaba. No pasaron más de seis semanas cuando a Vianney lo cambiaron de destino.

6. Cura de Ars.

La decisión de los dirigentes de la diócesis fue la de enviar a Juan María a un insignificante pueblo llamado Ars-en-Dombes que no era ni siquiera una parroquia, sino una capellanía dependiente de la parroquia de Mizérieux, no siendo sino hasta bastante más tarde cuando volvería a convertirse en parroquia, por lo que el título de Cura de Ars que se le daba a Juan María desde el principio no era canónicamente correcto. El nombramiento de Juan María como Cura de Ars en el sentido expuesto se tomó el 1 de febrero de 1818. Llegó a pie, preguntó el camino a pequeños pastores que no le entendían y por fin uno de ellos le entendió y le indicó el camino de Ars. El abate Vianney le dijo: “Tú me has enseñado el camino de Ars; yo te enseñaré el camino del cielo” (un monumento en la entrada de Ars recuerda hoy el encuentro del sacerdote y el pastorcito); al ver a lo lejos los tejados de las casas, se pusieron de rodillas y pidió a Dios gracias abundantes para él y para sus feligreses. Acompañado de la señora Bibost,

que venía para encargarse de su servicio, entró en Ars y se dirigió a la iglesia donde constató el desorden. Luego lo saludaron el alcalde y su ayudante, visitó su casa y comprobó el ambiente de pobreza que había y que él en sus cuarenta años de párroco mantendría adrede.

No podemos en esta pastoral contar con detalle la vida de Juan María Vianney como cura de Ars y, por consiguiente, nos detendremos sólo en los grandes rasgos que harían que los fieles se fijaran en él y poco a poco lo tuvieran como un santo. El domingo 15 de febrero cantó en Ars su primera misa y el abate Ducreux, párroco de Mizérieux, invitó a los fieles de Ars a acoger con amor cristiano al pequeño cura, que era un hombre sencillo y al que se podía hablar tranquilamente. Celebró la misa con una gran devoción y dio a todos la impresión de que iba a ser un buen cura.

En su casa volvió rápidamente a instalar el estilo cuaresmal del abate Balley y se podía ver que la mortificación era una de sus cualidades más notables. Pero enseguida quedó sobre todo en claro que era un hombre de oración, y que se pasaba las horas y las horas en la iglesia hablando con Dios, de tal manera que muy pronto, cualquiera que quisiera hablar con él, sabía adónde dirigirse: a la iglesia, aquel era el sitio donde se encontraba el pastor cuando no estaba ocupado en otra actividad. Esta vida intensa de oración la llevará adelante toda su vida. Se levantará muy temprano y se dedicará a hacer oración; al cabo de varias horas de oración, como muy pronto, celebraba con fervor indecible la Santa Misa.

Inmediatamente de llegar se dedicó a buscar los domicilios de los enfermos para darles ánimo y aliento y ponerse a su disposición si deseaban los santos sacramentos. Igualmente, y aunque no era costumbre de entonces la visita de los párrocos a los feligreses, Juan María visitaba a las familias y se ganaba el cariño de sus feligreses por su gran caridad y su gran bondad. No molestaba a los feligreses cuando les hacía visitas; eran visitas breves pero llenas de afecto y de palabras cordiales. Todas las ocasiones le eran propicias para hablar familiarmente con su gente. Los encontraba en la calle o en las puertas de las casas; a veces salía del pueblo con el sombrero bajo el brazo por campos y bosques alabando al Creador por la belleza de la creación y al encontrar a los habitantes de Ars en sus trabajos los saludaba con afecto y del mismo modo la gente le correspondía.

Juan María daba la mayor importancia a la formación de los niños. Organizó desde el principio con todo cuidado esta humilde forma de enseñanza que es la catequesis. Los niños estaban encantados, y así mismo los padres, alguno de los cuales venían también a oír la catequesis. Juan María estaba completamente seguro de que la base fundamental para una autentica formación religiosa de los niños, desde que empiezan a despuntar a la razón, es una catequesis seria y llena de atractivo, que les llevaría más tarde –y ése era el deseo de Juan María- a la frecuencia de los sacramentos.

Vianney trajo la convicción pastoral de que era preciso crear un grupo de personas piadosas que fueran como la

levadura para una feligresía llena de devoción. Se fijó en las personas más piadosas y comenzó a inculcarles el sentido y el gusto por la oración y la frecuencia de los sacramentos. Comenzó a fomentar las hermandades, empezando por la del Rosario, que quedó restablecida en Ars en el mes de junio de 1818, siendo erigida canónicamente dos años más tarde. A las hermandades, las primeras en apuntarse fueron las mujeres, pero no faltó la presencia de hombres, aunque éstos prefirieron la Hermandad del Santísimo Sacramento, la cual quedó de nuevo constituida canónicamente en 1824. Después de la Hermandad del Rosario y la del Santísimo Sacramento, vinieron otras varias y con todas ellas pretendió Juan María la misma finalidad: impulsar la piedad y la devoción entre sus feligreses, de tal manera que vivieran todos en continua unión con Dios.

El Cura de Ars tenía una baja opinión de sí mismo respecto a sus cualidades y a su ciencia, pero no por ello guardó silencio a la hora de predicar. La preparación de sus pobres sermones le llevaba muchas horas de trabajo de día y de noche. Se encerraba en la sacristía para escribir las instrucciones del domingo y aprenderlas de memoria. No las componía; las tomaba del *Curso de instrucciones familiares*, teniendo cuidado de adaptarlas a las necesidades de la parroquia. Encerrado en la sacristía se ejercitaba como si estuviera en el púlpito. Se han podido encontrar numerosas obras de donde están tomadas las pláticas del Cura de Ars. Es probable que el abate Balluy le hubiera aconsejado utilizar los sermonarios empleando

los trozos más fáciles de comprender, y de hecho, trabajando en ellos, adquirió la doctrina que durante tantos años sería el pasto de su abundante auditorio.

Él buscaba impresionar a su pequeño mundo. Sensible como era al drama del destino del mundo, temblando ante el peligro de condenación de muchos pecadores, su instinto le llevaba a plantear a sus oyentes los graves problemas de las verdades eternas, no dudando en hablar con toda firmeza de la muerte del pecador reprobado y estaba seguro de que pensar en la salvación era lo que mejor podía servirle a sus feligreses. Alguna gente le decía que sus sermones infundían desesperación, pero el santo párroco insistía en que es precisamente cuando se está a tiempo cuando hay que acudir a la misericordia de Dios y no esperar a un final de la vida, que nadie sabe cómo va a ser.

Por ello, no nos puede extrañar que el Cura de Ars hablara muy fuertemente contra el baile y las tabernas, por ejemplo, insistiendo a los fieles en que el vino y el baile eran un camino para el pecado.

Juan María no predicó sólo en su parroquia, lo llamaron de las parroquias vecinas y predicó con idéntico espíritu y fortaleza, granjeándose un gran crédito de sacerdote piadoso y atrayendo a numerosos pecadores a su confesionario, demostrándose que tenía una gran capacidad para comprender al pecador, para amonestarlo suave y firmemente, para darle atinados consejos y para hacer que se apartara de la vida de pecado. Él acudía con sumo gusto a

predicar y confesar donde lo llamaban y por todas partes iba dejando una estela de bondad sacerdotal que muy pronto haría de su pueblo, Ars, un foco de atracción para innumerables fieles que acudían como en peregrinación a escucharle y a confesarse con él. El 25 de agosto de 1821 Ars, que dos años antes había pasado a depender de la Diócesis de Belley, queda constituido en parroquia.

Igualmente, comenzó a ser conocido porque se prestaba a sustituir a los curas enfermos e impedidos y había además organizado una peregrinación al santuario de Ntra. Sra. de Fourvière. Esta peregrinación causó una agradable impresión en los fieles de los sitios por donde fue pasando y dio la idea de un sacerdote verdaderamente fervoroso y enamorado de su parroquia.

Por otro lado, mientras que él quería para la casa del cura la mayor pobreza y humildad, no estaba de acuerdo en que la iglesia, la casa de Dios, fuera pobre, humilde y no digamos abandonada. Por eso, Juan María hizo cuanto pudo por restaurar la iglesia, por ponerle altares decentes, por comprarle ornamentos magníficos y porque sus capillas fueran verdaderamente dignas de sus respectivos titulares.

Juan María Vianney era sumamente caritativo con todos los pobres que pasaban por su parroquia, de tal manera que se cree que los vagabundos que erraban por los caminos no eran ajenos a la fama de santo que iba tomando poco a poco. Decían: “Venimos de Ars. Allí hay un cura que no duerme ni come casi nada, que está en oración día y noche,

y que da a los menesterosos todo cuanto tiene; es el consolador de los afligidos y acoge a todo el mundo sin rechazar a nadie”.

Este espíritu de caridad será el que le llevará a la creación de la institución denominada por él “La Providencia”. Desde su llegada a Ars, una preocupación le acongojaba singularmente: la educación de los niños. Como muchos pueblos de la región, su parroquia se encontraba desfavorecida desde el punto de vista escolar. No había ni maestra ni maestro de escuela; se traía a un maestro de fuera, solamente para el invierno, y los niños y niñas iban a la escuela juntos, lo que no gustaba a Juan María. La instalación era miserable, no había local apropiado y la enseñanza apenas valía nada. La educación moral y religiosa dejaba mucho que desear.

Pensó entonces que era más urgente encargarse de la instalación de la escuela de niñas. Buscó a las futuras maestras de la escuela en la propia región: Catalina Lassagne y Benita Lardet. Las mandó a Fareins, donde las Hnas. de San José en pocos meses les dieron los humildes conocimientos que les permitirían dirigir la escuela. Compró un edificio llamado Maison Givre, con una sala en el entresuelo, un pequeño corredor que conducía al jardín y en el piso principal dos habitaciones y el desván. Una tercera persona, Juana María Chanay se unió a ellas. El Cura de Ars las llamaba directoras.

Por las circunstancias, la escuela no tuvo más remedio que recibir algunas pensionistas, los padres procuraron las camas y lo que hizo falta. El primer año, los padres traían las

provisiones, y llegó a haber dieciséis pensionistas. El pensionado se fue convirtiendo en orfanato, donde encontraban refugio las niñas abandonadas. Vianney comenzó a tomar algunos niños a su cargo, alimentándolos e instruyéndolos gratuitamente, pero poco a poco el número aumentó y la casa resultó pequeña para darles cabida. Juan María comenzó a tener continua necesidad de dinero para mantener su fundación.

Hemos dicho que con el tiempo Ars se convirtió en un foco de peregrinación que, sin embargo, empezó de forma imperceptible. Los que le habían escuchado en las misiones de Trévoux y demás pueblos, y habían confesado con él, empezaron a sentir la necesidad de volver a su confesionario. Fue sobre todo a partir de 1830 cuando la peregrinación comenzó a crecer y desarrollarse. El Cura de Ars usaba palabras muy duras acerca de los problemas que estaba sufriendo el pueblo y la gente optó por acudir a él sin que hubiera en el pequeño pueblo la infraestructura necesaria para atender a tantas personas necesitadas de alojamiento. Sean cuales fueren las exageraciones periodísticas sobre el tema, el hecho es que la atracción de Ars se hacía cada vez más fuerte⁴⁰.

Juan María se asustó de que tanta gente viniera a verlo a él y para desviar a los fieles de su persona propuso que los fieles peregrinaran a encomendarse a Santa Filomena, cuyos

⁴⁰ Unos autores hablan de veinte mil peregrinos anuales, otros llegan hasta ochenta mil al año. Sea la cifra que fuese, la verdad es que Ars se convirtió en un centro de peregrinación en vida de Juan María Vianney.

restos habían sido descubiertos unos años antes, si bien actualmente la Iglesia duda de su autenticidad. Pero Vianney lo que quería era pasar a un segundo plano, de tal forma que fuera Santa Filomena y no él, el foco de atracción de aquella muchedumbre. El conde de Garets, dueño del castillo de Ars, dice que a su llegada en 1834 se podían contar hasta treinta mil peregrinos.

Juan María se levantaba a la una de la madrugada y tras hacer oración, decía la Santa Mis a. Luego se sentaba en el confesionario hasta que llegaba la hora de la plática a los peregrinos, para volver al confesionario más tarde y atender a cuantos querían consultarle las cosas de su conciencia. En 1843 estuvo muy enfermo, el médico diagnosticó una pulmonía, pero finalmente pudo restablecerse.

Un asunto que no podemos dejar de tratar es el de la manifiesta voluntad del cura de Ars de dejar su parroquia para ser destinado a un sitio de silencio y oración. Intentó varias veces marcharse de su parroquia, pero nunca obtuvo la licencia de la autoridad eclesiástica para hacerlo, y entonces viene la gran pregunta: ¿No tenía vocación de párroco? ¿Lo tuvieron dedicado toda la vida a algo que no era lo suyo? ¿Tenía vocación de cartujo o capuchino? Entendemos que está muy claro, relejendo su biografía, que la voluntad de Dios lo llevó al sacerdocio, que la voluntad de Dios lo hizo insigne en este ministerio y que la voluntad de Dios fue la que definitivamente impidió que abandonara el clero secular y el ministerio parroquial. Porque no entendería a Juan María Vianney quien no se diera cuenta de

que lo que verdaderamente le importaba era la salvación de las almas y que si pensó en dejar el ministerio parroquial para tomar otro rumbo, era por el miedo de no ser un sacerdote santo a la altura de su tarea, a la altura que él pedía para un párroco. Su seguridad de que un párroco tiene que ser santo para que lo sea de verdad era lo que le llevaba a temer que él estaba fuera de su sitio y que por consiguiente, debería irse.

La autoridad eclesiástica lo entendió siempre. Se dio cuenta de su valía como párroco y de su capacidad para llevar adelante una parroquia. Estuvo de acuerdo con las multitudes que iban a Ars y con la obra de predicación, confesionario y acercamiento a los santos sacramentos que se hacía en aquella pequeña población. No fue nunca voluntad de Dios que Juan Bautista María Vianney abandonara el clero secular y la vida parroquial. Para ayudarlo en su trabajo, tan crecido, la autoridad eclesiástica le envió como coadjutor al P. Raymond. No todos los biógrafos del Cura de Ars alaban a este piadoso sacerdote, pero la verdad es que hizo por su párroco cuanto pudo y que éste nunca quiso desprenderse de él. El Cura de Ars dejó al abate Raymond, que era un hombre elocuente, la homilía de la misa dominical y dar cada mañana la catequesis de los niños. Se reservó el catecismo diario de las once, que tanto estimaban los peregrinos, y la instrucción familiar, que decía los domingos antes de la oración vespertina.

Hubo de pasar por algunas difíciles pruebas que él sobrellevó, entre otras la de ceder “La Providencia” a las Hnas. de San José, de Bourg. Posteriormente, Juan María llamó a los Hnos. de la Sagrada Familia, que se hicieron cargo de la educación de los niños. Su fundador, el Hno. Taborin, solicitó al obispo el nombramiento de canónigo para el Cura de Ars. El obispo fue al pueblo sin decir a qué iba. Al día siguiente de su llegada, al entrar en la iglesia y ser recibido por el cura, sacó una muceta de canónigo e intentó ponérsela a Juan María, el cual se defendió; sin embargo, varios sacerdotes que acompañaban al obispo cogieron a Vianney cada uno por un brazo y el obispo le impuso y abotonó la muceta, sin que sirvieran las protestas de éste, y tuvo que tenerla puesta durante la misa y la plática del obispo. Cuando entró en la sacristía hizo ademán de quitársela, pero el vicario general le dijo que era una falta de respeto al obispo.

No podemos detenernos en las muchas anécdotas que cuentan en su biografía personas serias acerca de misteriosos fenómenos en los que, a juicio del hombre de Dios, estaba patente la intervención del demonio, e igualmente se cuentan hechos milagrosos atribuidos al santo. Quede dicho así sin mayores comentarios.

Por fin le llegó a Juan María la hora de pasar de este mundo al Padre. El viernes 29 de julio de 1859 se dirigió a la iglesia después de medianoche para meterse en el confesionario. Antes de impartir la catequesis, pidió que le dieran en el cuenco de la mano unas gotas de vino por lo

cansado que se encontraba. Volvió a su casa y se dejó caer en un sillón. El abate Toccanier le decía: “Señor cura, Santa Filomena ya os ha curado una vez, ella puede hacerlo otra ”. “No, amigo mío, es mi pobre fin”, respondió el cura.

A la mañana siguiente se levantó decidido a buscar a sus penitentes, pero las fuerzas le fallaron, mandó buscar al cura de Jassans para confesar con él; la noticia corrió por el pueblo, se empezó una novena a Santa Filomena. Mandó buscar a tres penitentes que no habían terminado su confesión y los confesó. La muerte le llegó después de que el obispo le hubiera dado su bendición. Era el 4 de agosto de 1859. Fue beatificado el 8 de enero de 1905 por San Pío X y canonizado el 31 de mayo de 1925 por Pío XI, el cual lo proclamó posteriormente, el 23 de abril de 1930, Patrono de los párrocos.

B. SAN JUAN MARIA VIANNEY: VIVIR DE LA ESENCIA SACERDOTAL.

1. Un pastor con sentido común.

La principal labor del Cura de Ars fue la dirección de almas, como se ha puesto de manifiesto en la breve reseña biográfica precedente. Su consejo era buscado por obispos, sacerdotes, religiosos, jóvenes y mujeres con dudas sobre su vocación, pecadores, personas con toda clase de dificultades y enfermos.

Su dirección espiritual se caracterizaba por su normalidad y su naturalidad, su notable perspicacia y conocimiento sobrenatural. A veces adivinaba pecados no revelados en una confesión imperfecta. Sus instrucciones espirituales eran ofrecidas por Vianney en un lenguaje sencillo, lleno de imágenes sacadas de la vida diaria y de escenas campestres, transidas de fe y de amor de Dios.

2. Un hombre tocado por la gracia.

Los dones extraordinarios y sobrenaturales y los milagros registrados por sus biógrafos son de tres clases. En primer lugar, la obtención de dinero para sus limosnas y alimento para sus huérfanos. En segundo lugar, el conocimiento sobrenatural del pasado y del futuro. En tercer lugar, la curación de enfermos, especialmente niños. Sin embargo, el mayor milagro de todos fue su vida. Practicó la mortificación desde su primera juventud, y durante cuarenta años su alimentación y su descanso fueron insuficientes, humanamente hablando, para mantener su vida. Y aun así, trabajaba incesantemente, con inagotable humildad, paciencia y buen humor a favor de sus trescientos feligreses y de los innumerables peregrinos que llegaban a la pequeña aldea de Ars.

3. “Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo para confundir a los sabios” (1Cor 1,27).

La importancia de Vianney debe ser reconocida más en el testimonio de cómo vivió lo esencial de la espiritualidad

sacerdotal perenne, que por la doctrina y la manera en la que se expresaba. Sus escritos, aún en su simplicidad, dan a menudo la impresión de ser el resultado de sus vivencias místicas profundamente iluminadas por el Espíritu Santo, que hizo de él un hombre extraordinario en lo ordinario y rutinario de un párroco rural. Lo que domina en su pensamiento es lo que sostiene el cristianismo de siempre: el abandono del alma en el Dios Amor, y por ese inmensos amor vale la pena la aceptación de todos los sufrimientos, así como el ofrecimiento de la vida a la bondadosa mano de la Providencia divina. Es inútil buscar en él novedades de pensamiento; encontraremos en él, en cambio, ideas que proceden del enamoramiento de su sacerdocio ministerial. Su cénit será la piedad eucarística, repleta de sentimiento y de un total sentido de adoración al Misterio de la Santa Misa. Su continua escuela no fue otra que la unión absoluta con Dios. Podríamos decir que su título de perfección no es la singularidad, sino la normalidad.

Ésta es la gran diferencia con respecto al Maestro Ávila, que brilla también por su santidad, pero sobre todo por el rico tesoro de su teología sapiencial y por la profunda espiritualidad sacerdotal que nos legara.

Sin embargo, si hay alguien que ha conciliado o reunido en sí lo ascético y lo místico en su misma persona, éste es precisamente el Cura de Ars, que siempre consideró el trabajo pastoral en su parroquia, con los consecuentes sufrimientos y pruebas, no un fin en sí mismo, sino un medio para llevar las almas a Cristo, que es el único objetivo

de la vida sacerdotal y pastoral. Bien conocida es la respuesta que dio a un compañero, cuando éste se quejaba de la poca eficacia de su ministerio: “Ha habéis orado, habéis llorado, gemido y suspirado. Pero, ¿habéis ayunado, habéis velado, habéis dormido en el suelo, os habéis disciplinado? Mientras que no lleguéis a ello, no creáis haberlo hecho todo”⁴¹.

C. DECÁLOGO ESPIRITUAL DEL PÁRROCO DE ARS.

1. La dignidad del sacerdote.

Lo que más llama la atención de San Juan María Vianney es la humildad y serenidad que transmitía su sola presencia. Consciente de sus carencias intelectuales, interpretó toda su vida sacerdotal como “una maravilla de la Providencia” en beneficio de la salvación de las almas. Allí donde no llegaban sus dotes humanas, se mostró más abundantemente el tesoro de la gracia del ministerio sacerdotal: “Ved el poder del sacerdote. La lengua del sacerdote, de un trozo de pan hace un Dios. Es más que crear el mundo... ¡Los dedos del sacerdote han tocado la carne adorable de Jesucristo, se han sumergido en el cáliz donde ha estado su Sangre, en el copón donde ha estado su Cuerpo!... El Sacerdote debe sentir la misma alegría (que los apóstoles), viendo que sostiene entre sus manos a nuestro

⁴¹ Los textos que citamos del Cura de Ars están tomados principalmente de las obras siguientes: L. SAPIENZA, *op. cit.*; y J. LÓPEZ TEULÓN, *op. cit.*

Señor”. Su manera de hablar del sacerdocio revela que la grandeza es tan grande, que no es posible llegar a percibir en su totalidad las maravillas del *don* recibido y de la *tarea* confiada a una criatura humana: “¡Oh, qué grande es el sacerdote! Si se diese cuenta, moriría... Dios le obedece: pronuncia dos palabras y Nuestro Señor baja del cielo al oír su voz y se encierra en una pequeña hostia”.

Explicando a sus fieles la importancia de los sacramentos decía: “Si desapareciese el sacramento del Orden, no tendríamos al Señor. ¿Quién lo ha puesto en el sagrario? El sacerdote. ¿Quién ha recibido vuestra alma apenas nacidos? El sacerdote. ¿Quién la nutre para que pueda terminar su peregrinación? El sacerdote. ¿Quién la preparará para comparecer ante Dios, lavándola por última vez en la sangre de Jesucristo? El sacerdote, siempre el sacerdote. Y si esta alma llegase a morir [a causa del pecado], ¿quién la resucitará y le dará el descanso y la paz? También el sacerdote... ¡Después de Dios, el sacerdote lo es todo!... Él mismo sólo lo entenderá en el cielo”. Estas afirmaciones, nacidas del corazón sacerdotal del santo párroco, pueden parecer exageradas. Sin embargo, expresan el secreto de la alta estima que tenía el Cura de Ars al ministerio recibido y a la encomienda de la Iglesia.

Parecía sobrecogido por un inmenso sentido de la responsabilidad: “Si comprendiéramos bien lo que representa un sacerdote sobre la tierra, moriríamos: no de pavor, sino de amor... Sin el sacerdote, la muerte y la pasión de Nuestro Señor no servirían de nada. El sacerdote continúa

la obra de la redención sobre la tierra... ¿De qué nos serviría una casa llena de oro si no hubiera nadie que nos abriera la puerta? El sacerdote tiene la llave de los tesoros del cielo: él es quien abre la puerta; es el administrador del buen Dios; el administrador de sus bienes... Dejad una parroquia veinte años sin sacerdote y adorarán a las bestias... El sacerdote no es sacerdote para sí mismo, sino para vosotros”.

La dignidad sacerdotal no viene por lo que uno es, sino por el don que se recibe en beneficio del pueblo de Dios. Está en función de la celebración de “las cosas santas” en el seno de la comunidad cristiana. No es motivo para el engrandecimiento personal, sino que, a imitación de Cristo que “siendo Dios pasó por uno de tantos”, el estado, la apariencia y las relaciones del sacerdote con los otros han de estar surcados por la humildad de su pobre condición.

2. La conversión: fin último de toda pastoral.

Llegó a Ars, advertido por el obispo sobre la precaria situación religiosa: “No hay mucho amor de Dios en esa parroquia; usted lo pondrá”. Bien sabía él que tendría que encarnar la presencia de Cristo dando testimonio de la ternura de la salvación: “Dios mío, concédeme la conversión de mi parroquia; acepto sufrir todo lo que quieras durante toda mi vida”. Con esta oración comenzó su misión.

El Santo Cura de Ars se dedicó a lo fundamental de toda pastoral: provocar la conversión del corazón de la grey encomendada. Como “buen padre en la fe”, asentará ese

encuentro con Jesucristo insistiendo en la formación, en la participación en los sacramentos de la Confesión y de la Eucaristía y en la generosidad con los pobres. Así en un sermón sobre la caridad dirá: “El Señor ha prometido que un alma caritativa no caerá en las tinieblas del infierno, donde no hay ya lugar para la misericordia. No, hijo mío, no desprecies jamás a los pobres... La casa del que da limosna pone sus cimientos sobre la dura piedra que no se derrumbará nunca, mientras que la del que se resiste a dar limosnas será una casa que caerá por la debilidad de sus cimientos”.

3. Centrado en el Corazón de Cristo.

La cristología de la espiritualidad sacerdotal del Cura de Ars está marcada por toda la teología que encierra la devoción al Corazón de Jesús, que a partir de las apariciones en 1675 a Santa Margarita María de Alacoque recobró un gran impulso en toda la Iglesia. La devoción en sí está dirigida a la persona de Nuestro Señor Jesucristo y a su amor no correspondido, representado por su Divino Corazón. Dos, pues son los actos esenciales de esta devoción: amor y reparación. Amor, por lo mucho que Él nos ama. Reparación y desagravio, por las muchas injurias que recibe, sobre todo en la Sagrada Eucaristía. Juan María Vianney llegará a decir: “El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús”; eso exige fidelidad plena a Cristo y unión incesante con él, o sea, permanecer en su amor para que desde él adoremos permanentemente el misterio del amor divino que se nos da en la Eucaristía y reparemos con nuestros sacrificios y

oraciones los pecados que los hombres comenten contra ese amor desbordante de Dios para con los hombres mostrado en su Hijo Jesucristo.

Por eso mismo el Cura de Ars tenía “costumbre de ofrecerse en sacrificio por los pecadores”. Porque, “si tuviéramos fe y si viésemos un alma en estado de pecado mortal, nos moriríamos de terror”. Pero Dios está “pronto a perdonar más aún que lo estaría una madre para sacar del fuego a un hijo suyo”. De igual manera que el Buen Pastor carga con la oveja perdida, también él se siente llamado a expiar los pecados de sus feligreses: “En cuanto a mí - confiaba a uno que le pedía consejo - les señalo una pequeña penitencia, y el resto lo cumplo yo en su lugar”. Eso lo hace porque “estaba convencido de que para hacer el bien a los hombres es necesario amarles”. Cumpliría lo que diría Jesús: “Yo doy mi vida por las ovejas” (Jn 10,11).

4. La Iglesia: “casa del pan”.

Toda su eclesiología pasa por su sentido de parroquia como Iglesia local, a la que le envió su Obispo; esa comunión con el sucesor de los Apóstoles y su inmenso amor a la Sede de Pedro hacen que él se sienta mero administrador y no dueño de esa feligresía de Ars, cuyo templo parroquial era como el seno maternal donde él se alimentaba en las largas horas de oración en el sagrario y desde donde daba “los alimentos de la vida eterna”. Por eso, “en cuanto llegó, consideró la iglesia como su casa... Entraba en la iglesia antes de la aurora y no salía hasta

después del Ángelus de la tarde. Si alguno tenía necesidad de él, allí lo podía encontrar”.

5. Del altar al confesionario: ámbitos privilegiados del sacerdote.

Juan María enseñaba a sus parroquianos sobre todo con el testimonio de su vida. De su ejemplo aprendían los fieles a “*orar*”, acudiendo con gusto al sagrario para hacer una visita a Jesús Eucaristía. “No hay necesidad de hablar mucho para orar bien”; les enseñaba que “Jesús está allí, en el sagrario: abrámosle nuestro corazón, alegrémonos de su presencia. Ésta es la mejor oración”. Y les persuadía: “Venid a comulgar, hijos míos, venid donde Jesús. Venid a vivir de Él para poder vivir con Él”. “Es verdad que no sois dignos, pero lo necesitáis”.

Dicha educación de los fieles acerca de la presencia eucarística y la comunión era particularmente eficaz cuando lo veían celebrar el Santo Sacrificio de la Misa. Los que asistían decían que “no se podía encontrar una figura que expresase mejor la adoración... Contemplaba la hostia con amor”. Les decía: “Todas las buenas obras juntas no son comparables al Sacrificio de la Misa, porque son obras de hombres, mientras la Santa Misa es obra de Dios”. Estaba convencido de que todo el fervor en la vida de un sacerdote dependía de la Misa: “La causa de la relajación del sacerdote es que descuida la Misa. Dios mío, ¡qué pena el sacerdote que celebra como si estuviese haciendo algo ordinario!” Siempre que celebraba, tenía la costumbre de

ofrecer también la propia vida como sacrificio: “¡Cómo aprovecha a un sacerdote ofrecerse a Dios en sacrificio todas las mañanas!”

Esta identificación personal con el Sacrificio de la Cruz lo llevaba -con una sola moción interior- del altar al confesonario. Los sacerdotes no deberían resignarse nunca a ver vacíos sus confesonarios ni limitarse a constatar la indiferencia de los fieles hacia este sacramento. En Francia, en tiempos del Santo Cura de Ars, la confesión no era ni más fácil ni más frecuente que en nuestros días, pues el vendaval revolucionario había arrasado desde hacía tiempo la práctica religiosa. Pero él intentó por todos los medios, en la predicación y con consejos persuasivos, que sus parroquianos redescubriesen el significado y la belleza del sacramento de la Penitencia, mostrándolo como una íntima exigencia de la presencia eucarística. Supo iniciar así un “*círculo virtuoso*”.

Con su prolongado estar ante el sagrario en la iglesia, consiguió que los fieles comenzasen a imitarlo, yendo a visitar a Jesús, seguros de que allí encontrarían también a su párroco, disponible para escucharlos y perdonarlos. Al final, una muchedumbre cada vez mayor de penitentes, provenientes de toda Francia, lo retenía en el confesonario hasta dieciséis horas al día. Se comentaba que Ars se había convertido en “el gran hospital de las almas”. Su primer biógrafo afirma: “La gracia que conseguía [para que los pecadores se convirtiesen] era tan abundante que salía en su búsqueda sin dejarles un momento de tregua”. En este

mismo sentido, el Santo Cura de Ars decía: “No es el pecador el que vuelve a Dios para pedirle perdón, sino Dios mismo quien va tras el pecador y lo hace volver a Él”.

6. Trasmitir el amor misericordioso de Dios.

Vianney consiguió en su tiempo cambiar el corazón y la vida de muchas personas, porque fue capaz de hacerles sentir el amor misericordioso del Señor; digamos con palabras de hoy, que ése fue su único “plan pastoral”. En sus sermones y catequesis se refería siempre a este amor: “ ¡Oh Dios mío!, prefiero morir amándoos, que vivir un solo instante sin amaros... Os amo, mi divino Salvador, porque habéis sido crucificado por mí... porque me tenéis crucificado para vos”. El secreto de su generosidad se encuentra, sin lugar a dudas, en su amor a Dios, viviendo sin límites, en respuesta constante al amor manifestado en Cristo crucificado. En ello funda su deseo de hacer todas las cosas para la salvación de las almas rescatadas por Cristo a tan gran precio y encaminarlas hacia el amor de Dios. “Este buen Salvador está tan lleno de amor que nos busca por todas partes”. Por eso mismo estaba convencido “de que para hacer el bien a los hombres es necesario amarles” como lo hizo Cristo, nuestro Redentor. Así, sus feligreses estaban acostumbrados a escuchar el secreto de toda vida cristiana: “Ser amado por Dios, estar unido a Dios, vivir en la presencia de Dios, vivir para Dios: ¡qué hermosa vida, qué bella muerte!”

7. Servidor de todos.

Vianney no fue un cura de sacristía, sino un servidor de una Iglesia de “puertas abiertas” que acoge a todos y desea llegar hasta los más alejados. El Santo Cura de Ars no sólo se ocupó de los que venían al templo, sino que también supo “hacerse presente” en todo el territorio de su parroquia. El afán por llegar a todos lo revela muy claramente este pensamiento suyo: “Si un sacerdote llegara a morir a fuerza de trabajos y penas soportados por la gloria de Dios y la salvación de las almas, ¿no estaría nada mal!” La máxima de San Pablo -“me gastaré y me desgastaré por vosotros” (2Cor 12,15)- se patentizaba en las visitas frecuentes a los enfermos y a las familias; organizando misiones populares y fiestas patronales, preocupándose de las carencias de los más pobres. Para ellos recogía y administraba dinero para sus obras de caridad, para las misiones y la atención a las niñas huérfanas del Instituto “La Providence” que fundó y sus formadoras; se interesaba por la educación de los niños. Así mismo, adcentaba el culto y mantenía la dignidad material del templo. Como buen pastor que desea atraer a todos, fundó hermandades como medio popular de aglutinar a los cristianos bajo los grandes misterios cristianos y se preocupó de que los laicos participasen en las tareas parroquiales.

8. Severo consigo mismo y dulce con los demás.

Con la Palabra y con los Sacramentos de la Iglesia, Juan María Vianney edificaba a su pueblo, aunque a veces se agitaba interiormente porque no se sentía a la altura. Sin embargo, con un sentido de la obediencia ejemplar, permaneció siempre en su puesto, porque lo consumía el

celo apostólico por la salvación de las almas. Se entregaba totalmente a su propia vocación y misión con una ascesis severa, para que de esta manera el “alma sacerdotal” no se acomode al estado de pecado o indiferencia en que viven muchas de sus ovejas.

El dominio de sí mismo es algo esencial de la ascesis cristiana para todos los estados de perfección. Sin embargo, para el Cura de Ars estaba muy claro que la vida de fe, la propia sacerdotal es un continuo combate con las fuerzas del maligno, y a éste sólo se le vence con “el ayuno y la oración”. De ahí que dominase su cuerpo con vigiliyas y ayunos para evitar oponer resistencia a su alma sacerdotal. Pero también, por el sentido oblativo que daba a su vida, se mortificaba voluntariamente en favor de las almas que le habían sido confiadas y para unirse a la expiación de tantos pecados oídos en confesión.

Más allá de las penitencias concretas que Vianney hacía, el núcleo de su enseñanza sigue siendo en cualquier caso válido para todos: “las almas” cuestan la sangre de Cristo y el sacerdote no puede dedicarse a su salvación sin participar personalmente en el “alto precio” de la redención.

9. Los consejos evangélicos: pobreza, castidad y obediencia.

La identificación sin reservas con este “nuevo estilo de vida” caracterizó la dedicación al ministerio del Cura de Ars. El Papa Juan XXIII en la Carta encíclica *Sacerdotii nostra primordia*, publicada en 1959, en el primer centenario de la muerte de San Juan María Vianney, presentaba su fisonomía ascética refiriéndose particularmente a los tres consejos evangélicos, considerados como necesarios también para los presbíteros: “Y, si para alcanzar esta santidad de vida, no se impone al sacerdote, en virtud del estado clerical, la práctica de los consejos evangélicos, ciertamente que a él, y a todos los discípulos del Señor, se le presenta como el camino real de la santificación cristiana”.

Vianney supo vivir los “consejos evangélicos” de acuerdo a su condición de sacerdote secular. En efecto, *su pobreza* no fue la de un religioso o un monje, sino la que se pide a un presbítero diocesano: a pesar de manejar mucho dinero (ya que los peregrinos más pudientes se interesaban por sus obras de caridad), era consciente de que todo era para su iglesia, sus pobres, sus huérfanos, sus niñas de “La Providence”, sus familias más necesitadas. Por eso “era rico para dar a los otros y era muy pobre para sí mismo”. Y explicaba: “Mi secreto es simple: dar todo y no conservar nada”. Cuando se encontraba con las manos vacías, decía contento a los pobres que le pedían: “Hoy soy pobre como vosotros, soy uno de vosotros”. Así, al final de su vida, pudo decir con absoluta serenidad: “No

tengo nada... Ahora el buen Dios me puede llamar cuando quiera”.

También *su castidad* era la que se pide a un sacerdote para su ministerio. Se puede decir que era la castidad que conviene a quien debe tocar habitualmente con sus manos la Eucaristía y contemplarla con limpio corazón, arrebatado para la adoración y con entusiasmo la distribuye a sus fieles. Decían de él que “la castidad brillaba en su mirada”, y los fieles se daban cuenta cuando clavaba la mirada en el sagrario con los ojos de un enamorado: “¿Qué mayor felicidad que estar en la presencia de Dios, solos, a sus pies, ante los santos Sagrarios?... ¡Que dulce y cómo consuela la santa presencia de Dios!.. Nuestra felicidad es demasiado grande; no, no, nunca la entenderemos”.

También *la obediencia* de San Juan María Vianney quedó plasmada totalmente en la entrega abnegada a las exigencias cotidianas de su ministerio. Se sabe cuánto le atormentaba no sentirse idóneo para el ministerio parroquial y su deseo de retirarse “a llorar su pobre vida, en soledad”. Sólo la obediencia y la pasión por las almas conseguían convencerlo para seguir en su puesto. A los fieles y a sí mismo explicaba: “No hay dos maneras buenas de servir a Dios. Hay una sola: servirlo como Él quiere ser servido”. Consideraba que la regla de oro para una vida obediente era: “Hacer sólo aquello que puede ser ofrecido al buen Dios”.

Todo procede de la vivencia profunda que tenía del misterio de la Persona de Jesucristo, pobre, casto y obediente. Por eso mismo, el celibato sacerdotal “e s gracia y dádiva de Dios”, viene reclamado por la novedad de los “misterios santos” que exigen que el sacerdote, por el sacramento del Orden, quede todo entero consagrado al Señor, y así pueda decir con el salmista: “Que todo mi ser te alabe Señor”. A la vez, el que trata con “las cosas santas” requiere santidad de vida para ser digno del “alto oficio eucarístico” que se le ha encomendado. Por eso, la Iglesia en su larga tradición ha querido que la vida sacerdotal sea “holocausto quemado en honor de Dios”.

10. Espiritualidad sacerdotal mariana.

Acerca de este tema, nos dice Benedicto XVI en su *Carta a los sacerdotes con motivo del Año Sacerdotal* (16.6.2009): “La celebración del 150 aniversario de la muerte de San Juan María Vianney (1859) viene inmediatamente después de las celebraciones apenas concluidas del 150 aniversario de las apariciones de Lourdes (1858). Ya en 1959, el Beato Papa Juan XXIII había hecho notar: ‘Poco antes de que el Cura de Ars terminase su carrera tan llena de méritos, la Virgen Inmaculada se había aparecido en otra región de Francia a una joven humilde y pura, para comunicarle un mensaje de oración y de penitencia, cuya inmensa resonancia espiritual es bien conocida desde hace un siglo. En realidad, la vida de este sacerdote, cuya memoria celebramos, era anticipadamente una viva ilustración de las grandes verdades sobrenaturales

enseñadas a la vidente de Massabielle. Él mismo sentía una devoción vivísima hacia la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen; él, que ya en 1836 había consagrado su parroquia a María concebida sin pecado, y que con tanta fe y alegría había de acoger la definición dogmática de 1854”.

Vianney había confiado su sacerdocio a la Virgen María y ello porque: “Jesucristo, después de habernos dado todo cuanto podía darnos, quiere todavía hacernos herederos de lo que tiene de más precioso, es decir de su Santa Madre”. Pero es más: “La Virgen María nos ha generado dos veces, en la encarnación y a los pies de la Cruz: es, pues, dos veces nuestra Madre”. Recurría a ella sin cesar con tierno afecto y total confianza: “¡Basta volverse a ella para ser atendido!”. “Siempre está esperando que la invoquemos”. La ternura divina se manifiesta en “el corazón de María, que es tan tierno hacia nosotros, que todas las madres del mundo no son más que un trozo de hielo a su lado”. “El corazón de esta buena Madre no es más que amor y misericordia, no desea más que vernos felices”.

También podemos ver que su confianza en María como “mediadora de todas las gracias” tiene un gran sentido cristológico: “Una buena oración es la de pedir a la Santa Virgen que ofrezca al Padre eterno a su Hijo ensangrentado, herido, para pedir la conversión de los pecadores. Es la mejor oración que se puede hacer, porque todas las oraciones se hacen en nombre y por los méritos de Jesucristo... Hijos míos, escuchad bien esto: todas las veces que he obtenido una gracia la he obtenido de este modo.

Nunca ha fallado”. “La Santa Virgen está entre su Hijo y nosotros. Aunque seamos pecadores, ella está llena de ternura y de compasión hacia nosotros”. “Todo lo que el Hijo pide al Padre se lo concede. Todo aquello que la Madre pide al Hijo le es igualmente concedido”. Por último: “El medio más seguro para conocer la voluntad de Dios es rezar a nuestra buena Madre”.

CONCLUSIÓN

En la actualidad, corren tiempos recios y es necesario "echar el anclaje" en aquello que tiene solidez suficiente para superar todo "oleaje de la moda pasajera". San Juan de Ávila y San Juan Bautista María Vianney son preclaros exponentes de síntesis y armonía entre la pastoral inmediata y la necesidad constante de la oración. En nuestros autores encontramos cómo la acción pastoral es fruto de la vivencia de su ministerio sacerdotal, asiduamente alimentada en la plegaria y en el estudio. También en el caso del Cura de Ars, quien, a pesar de sus escasos conocimientos teológicos, se tomaba muy en serio la preparación de la homilía dominical.

Nosotros no miramos al pasado por arqueologismo teológico o nostalgia espiritual, sino porque el Maestro Ávila y el Cura de Ars fueron eminentes hijos de la Iglesia, que la amaron desde su profunda experiencia del Misterio de Cristo, al estilo paulino el primero, y centrado en el Corazón de Jesús, el segundo.

Ellos se convirtieron en fuentes inagotables por su manera de vivir y de predicar sobre el sacerdocio. En ellos encontramos las líneas perennes para una auténtica espiritualidad sacerdotal. Situarse en las mismas es importante para los sacerdotes, sobre todo después del Vaticano II y al inicio de un nuevo milenio, cuando se nos está instando a una mayor coherencia de vida sacerdotal como respuesta capital ante los desafíos de la secularización de nuestros propios ambientes cristianos.

Como también, saber hacer frente al materialismo cultural de construir una sociedad a espaldas de Dios; no hay renovación eclesial, ni evangelización del mundo posmoderno, si no crecemos en santidad los pastores de la Iglesia.

Sería de ciegos pretender que estos “nuevos tiempos” no nos afectan a nosotros, capellanes castrenses. La Constitución Apostólica *Spirituali Militum Curae* de Juan Pablo II en 1986 supuso una nueva ordenación canónica para la asistencia espiritual de los militares, dándole el rango de jurisdicción personal, ordinaria, propia, cumulativa con todos los derechos y obligaciones similares a los obispados territoriales. Así, siguiendo en el espíritu y en la letra esta “carta magna” de la pastoral castrense, se va configurando un nuevo perfil de los capellanes castrenses, sin dejar de lado la valiosa tradición de los capellanes que a lo largo de los siglos han dado la vida por Dios, la Iglesia y España, a lo que se suma la rica experiencia de estos últimos veinte años de presencia de sacerdotes en misiones extranjeras acompañando a nuestras tropas.

Todo esto hace que nos sintamos urgidos a preparar un Arzobispado Castrense que responda a los nuevos retos y exigencias del siglo XXI de la realidad militar, eclesial y social de España. Eso pasa por situarnos todos en lo esencial de nuestra identidad sacerdotal, en vivir con alegría nuestra consagración y fidelidad a Dios, en amar y servir a la familia militar como campo específico de nuestra acción evangelizadora. Con una vida indivisa

mostraremos la belleza de ser servidores de los “guardianes de la paz” y provocaremos que otros nos puedan reemplazar el día de mañana en este “ministerio de paz entre las armas”.

Por eso el capellán debe ser, no un seudo-psicólogo o asistente social, sino ante todo un hombre de Dios que, siguiendo el consejo paulino, se haga “to do con todos, para ganar algunos para Cristo” (1Cor 9,22). La pérdida del sentido del Misterio en nuestras vidas sacerdotales nos hace vulnerables a los ataques de los “maestros de la sospecha” que configuran la cultura actual de donde proceden las nuevas generaciones de militares. De ahí que un buen capellán católico en siglo XXI debe ser “muy cura” y a la vez “hombre de buena cultura”.

Con una vida aseglarizada no se convence a nadie, un sacerdote funcionario de acciones litúrgicas no llega al corazón de los fieles. La vida sobrenatural de la gracia no nos saca de las preocupaciones del mundo, sino que nos hace estar en medio del mundo sin ser del mundo (cf. Jn 17,15). La asidua meditación de la Palabra de Dios nos acerca a los demás, a sus dolencias y necesidades; nos da una sensibilidad distinta que nos diferencia del puro agente social, en cuanto que el “otro” es querido o es buscado porque “es imagen y semejanza de Dios”. Y ese Dios que me habla al corazón en la oración es el mismo Señor que me indica su presencia privilegiada en medio de los más pobres, que también los hay entre nuestras tropas.

Pero, además, la oración nos ayudará, antes que nada, a conservar la conciencia profunda de que, como sacerdotes, somos “administradores de los misterios de Dios” (1Cor 4,1). Nos libra de los extremismos que desfiguran el ser sacerdotal (pasotismo-activismo); nos auxilia en los momentos de cualquier tentación; nos capacita para aceptar la cruz de cada día por amor a la extensión del Reino de Dios (cf. Mt 26,41; Gál 5,1).

Son muchos los rostros que tiene la pastoral castrense: los jóvenes soldados y cadetes; las familias militares en las parroquias de nuestra jurisdicción; la asistencia espiritual y pastoral a tropas y mandos en los cuarteles y demás establecimientos militares; el acompañamiento a nuestros hombres y mujeres que componen las Fuerzas Armadas y los Cuerpos de Seguridad del Estado; los cuales -ya sea en el territorio nacional o en misiones extranjeras- encuentran en el sacerdote castrense el bálsamo del consuelo, el consejo del amigo y la mano samaritana que les ayudan a realizar la noble y valiosa misión de la defensa, la seguridad, la libertad y la paz de nuestra nación.

Pues bien, para atender a cada uno de estos perfiles se necesitan capellanes castrenses que tengan el ardor misionero del Maestro Ávila y la humildad evangélica del Cura de Ars. ¡Hombres como éstos son los que hacen historia! Que la lectura de esta carta pastoral suscite en ti mayores deseos de santidad, de la cual depende la eficacia de nuestro ministerio. Y que con el testimonio transparente

de nuestras personas podamos ser interrogantes de la causa de Dios en medio del mundo militar español.

Con mi afecto y bendición,

† Juan del Río Martín
Arzobispo Castrense de España

Madrid, a 1 de abril de 2010, Jueves Santo
Commemoración de la Institución de la
Eucaristía y el Ministerio Sacerdotal.
Día del Mandamiento Nuevo.

